TEATRO

24

El tamaño no importa (VII)

Textos breves de aquí y de ahora

TEATRO JUVENIL

Tomás Afán
Santiago Alonso
Antonia Bueno Mingallón
Pedro Catalán
María Luz Cruz
Alberto de Casso
Maxi de Diego
Luis Fernando de Julián
Jesús Fernández García
Gabriel Fuentes
Yolanda García Serrano
Miguel Ángel Jiménez Aguilar
Miguel Murillo Gómez
David Salmerón
Susana Sánchez
Fernando Sansegundo
Enrique Torres Infante
Manuel Villa-Mabela
Néstor Villazón
Pedro Víllora

TEATRO

© TOMÁS AFÁN, SANTIAGO ALONSO, ANTONIA BUENO MINGALLÓN, PEDRO CATALÁN, MARÍA LUZ CRUZ, ALBERTO DE CASSO, MAXI DE DIEGO, LUIS FERNANDO DE JULIÁN, JESÚS FERNÁNDEZ GARCÍA, GABRIEL FUENTES, YOLANDA GARCÍA SERRANO, MIGUEL ÁNGEL JIMÉNEZ AGUILAR, MIGUEL MURILLO GÓMEZ, DAVID SALMERÓN, SUSANA SÁNCHEZ, FERNANDO SANSEGUNDO, ENRIQUE TORRES INFANTE, MANUEL VILLA-MABELA, NÉSTOR VILLAZÓN, PEDRO VÍLLORA.

© AAT para esta edición

EDITA
Asociación de Autores de Teatro

DISEÑO
Martín Moreno y Altozano

ISBN: 978-84-96837-30-0
DEP. LEGAL: M-971-2017

La AAT realiza sus actividades con la colaboración de:

AAT TEATRO

El tamaño no importa VII

Textos breves de aquí y de ahora

índice

¿Sangre por petróleo? de Tomás Afán 9

Rumores de Santiago Alonso 15

Isa, Vane y los neurotípicos
de Antonia Bueno Mingallón 23

No todo son colinas de Pedro Catalán 29

Todo controlado de María Luz Cruz 37

La verdad desvelada de Alberto de Casso 45

Política de Maxi de Diego 51

Ese sonido de Luis Fernando de Julián 55

Todo ocurrió de repente de Jesús Fernández García 63

El ascenso de Gabriel Fuentes 69

Empleo juvenil de Yolanda García Serrano 75

Raymi y Lili o El misterio de la creación
de Miguel Ángel Jiménez Aguilar 81

El partido del siglo de Miguel Murillo Gómez 89

Dieciséis años de David Salmerón 97

Supermurientes de Susana Sánchez 105

Tan triste de Fernando Sansegundo 113

Youtuber de Enrique Torres Infante 121

Me la juego a la carta más alta
de Manuel Villa-Mabela 127

Breve historia de las religiones, la amistad, el trabajo, la economía, la vida y la muerte, así como de la literatura, el cine, la pasión y otras cuestiones fundamentales de Néstor Villazón 133

La calle de los Reyes Magos de Pedro Víllora 139

¿SANGRE POR PETRÓLEO?

Tomás Afán

ELLA.– ¿Estás listo?

EL.– Cariño.

ELLA.– ¿Todavía estás así? Hay que irse preparando.

ÉL.– Tengo que hablar contigo.

ELLA.– No te pongas tan serio, hombre, es solo una manifestación, no creo que le moleste a tus jefes.

ÉL.– No es eso, ya es hora de que en el bufete se den cuenta de que yo no soy como ellos. Estoy preocupado, pero es por otra cosa.

ELLA.– Dime.

ÉL.– He estado haciendo cuentas.

ELLA.– ¿Y?

ÉL.– Creo que vamos a tener que apretarnos un poco el cinturón.

ELLA.– No me digas eso, por favor, ahora que tenemos que amueblar el estudio de la playa.

ÉL.– Pues igual resulta que necesitamos vender el estudio de la playa.

ELLA.– ¿Tan mal estamos?

ÉL.– Desde que se desplomó la bolsa, nuestras cuentas han dejado de cuadrar.

ELLA.– Es por la bolsa, ¿verdad?

ÉL.– Las acciones valen diez veces menos que cuando las compramos.

ELLA.– ¡Diez veces menos! Qué locura.

ÉL.– Supongo que sí, que fue una imprudencia invertirlo todo en petroquímicas.

ELLA.– Todos nuestros ahorros...
ÉL.– Pero los expertos preveían que...
ELLA.– Lo que pasa es que con todas estas convulsiones políticas de ahora...
ÉL.– He sido un imprudente.
ELLA.– Tú no tienes la culpa, cariño, hiciste lo que creías mejor.
ÉL.– Lo siento de verdad.
ELLA.– En fin, habrá que vender el estudio.
ÉL.– El caso es que..., depende..., tal vez cambie el tema.
ELLA.– ¿Cómo?
ÉL.– Que no hay que precipitarse, las cosas pueden dar un vuelco en cualquier momento.
ELLA.– ¿Qué cosas?
ÉL.– ¿Qué cosas van a ser? Nuestro dinero y nuestros ahorros. Espero que todo este lío se solucione muy pronto.
ELLA.– Me estás asustando, ¿qué vas a hacer; robar un banco?
ÉL.– No, por Dios, soy demasiado honrado para eso.
ELLA.– ¿Y cómo se va a solucionar? ¿No estarás pensando en volver a jugar?
ÉL.– Sabes que no piso un casino desde... lo de aquel día... No, no van por ahí los tiros.
ELLA.– ¿Por dónde van los tiros entonces?
ÉL.– Pues por el tema de la acción preventiva.
ELLA.– De la acción ¿qué?
ÉL.– De la guerra, joder.
ELLA.– ¿Qué guerra?
ÉL.– La guerra que va a haber en el tercer mundo; ya sabes, la del combustible.
ELLA.– Ya, claro, la de la manifestación de esta tarde. La maldita guerra injusta.

ÉL.– Sí, esa nueva guerra injusta.
ELLA.– Nosotros estamos totalmente en contra de semejante locura, ¿verdad?
ÉL.– Sí, cariño, yo también he firmado la protesta contra la escalada bélica.
ELLA.– Como tiene que ser.
ÉL.– Eso está claro.
ELLA.– Es que puede ser una atrocidad.
ÉL.– Que sí, que es evidente.

(Silencio.)

ÉL.– Pero el caso es que si al final hay guerra y la acabamos ganando...
ELLA.– ¿Nosotros?
ÉL.– Bueno, si acaban ganando las potencias occidentales...
ELLA.– Pues claro que la acabarán ganando; los otros casi lo único que tienen para defenderse son tirachinas.
ÉL.– Ya. Pues el tema es que los economistas dicen que después de la guerra, las acciones de petroquímicas se van a disparar.
ELLA.– ¿Van a subir?
ÉL.– Por las nubes. Por eso es la guerra.
ELLA.– Quita, quita, ¿qué dices?, es por los incidentes de...
ÉL.– ¡Qué coño incidentes!, es por la bolsa.
ELLA.– ¡No jodas!
ÉL.– Lo sabe todo el mundo.
ELLA.– Pues me parece fatal.
ÉL.– Y a mí también, ¡qué te has creído!
ELLA.– O sea que va a morir un montón de gente para que ellos se hagan más ricos.
ÉL.– Bueno, al final la bonanza económica será general...

ELLA.– Me dan ganas de vender las acciones ahora mismo, antes de que se manchen de sangre.

ÉL.– Espera, no te precipites mujer. Para que se beneficie un capitalista sin escrúpulos, mejor nos beneficiamos nosotros, ¿no te parece?

ELLA.– No sé. No me gusta.

ÉL.– Además, ahora todas las guerras son muy asépticas, apenas hay daños.

ELLA.– *(En desacuerdo.)* Sí, claro, fíjate en la última; entre los bombardeos y luego el terrorismo, aquello fue una carnicería.

ÉL.– Vamos a ver. No me interpretes mal, yo no estoy defendiendo la guerra, yo he sido el primero que ha firmado en contra. No es culpa mía que no me hayan hecho caso.

ELLA.– Porque no escuchan al pueblo; yo creo que va a ser la última vez que les voto.

ÉL.– Pero bueno, dentro de lo malo, ya que lo vamos a pasar fatal, viendo en las noticias todas las matanzas y demás, pues por lo menos que nos consuele que podamos conservar el estudio de la playa.

ELLA.– Sigo pensando que deberíamos hacer algo más, para compensar tantos daños.

ÉL.– Hombre, hemos sido durante mucho tiempo socios de una oenegé.

ELLA.– No deberíamos habernos dado de baja.

ÉL.– Sabes que casi siempre el dinero se pierde antes de llegar a las manos de los que lo necesitan.

ELLA.– Ya, eso dicen.

ÉL.– Es seguro, con la corrupción que hay en esos países. Además, tal y como estamos de ahorros, me temo que no nos lo podemos permitir, de momento.

ELLA.– *(Esperanzada.)* Ahora mismo no, pero si empieza la guerra...

ÉL.– *(Con alegría.)* Claro, cariño, entonces sí que podremos permitírnoslo. Hasta podríamos llegar a subir nuestra cuota, o a duplicarla.

ELLA.– Oye, eso estaría muy bien.

ÉL.– Podríamos, incluso asociarnos a más oenegés.

ELLA.– Pues mira, qué fenomenal, no hay mal que por bien no venga.

ÉL.– Claro, mujer, será nuestra forma de colaborar para que la guerra sea menos dolorosa.

ELLA.– De hacer que el dinero sucio de la guerra se reconvierta en generosidad.

ÉL.– Ajá.

ÉL.– Y que la sangre sirva para comprar tiritas, ¿no?

ÉL.– Sí, claro, esa es la idea.

ELLA.– Oye, y además, a la hora de decorar el estudio, hay una tienda con muebles preciosos, de tipo exótico, del tercer mundo, que resulta que todos sus beneficios los envían a los países pobres del tercer mundo.

ÉL.– Pues estupendo, razón de más para que las acciones suban.

ELLA.– Por una buena causa.

ÉL.– Sí.

ELLA.– Sí.

ÉL.– Pues voy a poner la tele para ver si se sabe ya si han empezado a bombardear.

ELLA.– Vale. Pero no te entretengas mucho, que hay que arreglarse. Es casi la hora de la manifestación.

ÉL.– Ah, sí.

ELLA.– Mira, he hecho unas pequeñas pancartas para que las lleven los niños.

ÉL.– A ver, ¿qué pone?

ÉL.– *(Leyendo la pequeña pancarta.)* «Yo podría haber nacido allí. Por favor: PAZ».

ELLA.– ¿Te gusta?

ÉL.– Joder, me dan ganas de llorar.

ELLA.– Qué hijos de puta son.

ÉL.– Sí, son unos asesinos. Y tú tienes un corazón de oro.

ELLA.– Que va, en el fondo creo que no hago todo lo que podría.

ÉL.– Hombre, supongo que siempre podríamos hacer algo más. Pero el mundo es así, es de los fuertes.

ELLA.– De los cabrones.

ÉL.– Sí, tú lo has dicho, de los cabrones.

(Oscuro.)

RUMORES

Santiago Alonso

Personajes: Javi
Dani
Sonia

Un parque, un banco, un escalón, un barrio donde se reúnen las pandillas después del instituto... Llegan Dani *y* Javi *dando patadas a una lata vacía.*

DANI.– Eso he escuchado. Me lo dijo Rober el otro día. Y sabes que Rober no va con rollos raros.

JAVI.– No me fiaría. A Rober siempre le ha gustado Sonia. Eso son celos, tío, no hay más.

DANI.– ¿Tú crees?

JAVI.– Pues claro. *(Pega una patada a la lata y sale del escenario, se sienta y lía un cigarro.)*

DANI.– ¿Ya estás con esa mierda?

JAVI.– ¿Te importa?

DANI.– Pues claro que me importa.

JAVI.– No me seas cortarrollos.

DANI.– Mi abuelo fumaba..., murió de cáncer el año pasado.

JAVI.– El mío no fumaba y también se murió de un infarto hace mazo.

DANI.– No es lo mismo.

JAVI.– Todos nos vamos a morir, tío. Aquí no se queda ni el Tato. *(Tose.)*

(Hay una pausa tensa. DANI *se queda pensativo;* JAVI, *a lo suyo.)*

DANI.– Te gusta mucho Sonia, ¿no?
JAVI.– No está mal la chica.
DANI.– ¿Tanto como para dar el paso?
JAVI.– ¿Qué paso?
DANI.– El paso... *(Gesto de tener sexo.)*
JAVI.– Pues claro, tío.
DANI.– Ya. *(Pausa.)* Pero vosotros, Sonia y tú, ya habéis...
JAVI.– ¿Que si ya hemos qué? *(Ahora él repite el gesto que hizo* DANI *antes, y se sonríe, pícaro.)*
DANI.– ¿Sí o no?
JAVI.– Macho, ¡qué preguntón estás y qué pesado!
DANI.– Contéstame. *(Insiste.)* No me has contestado.
JAVI.– Mira, tío, me agobias. Pareces una novia celosa. *(Se levanta e inicia el mutis.)*
DANI.– ¡Javi!
JAVI.– Cuando se te pase, me llamas. *(Se va.)*

*(*DANI *queda de pie, pensativo, le invade la duda.)*

DANI.– ¡Joder!

(Al momento llega SONIA, *pasa por delante, saluda con la cabeza –lleva cascos puestos– y continúa hacia su casa.* DANI *la llama, se levanta; ella parece no escuchar.)*

DANI.– ¡Sonia! ¡Sonia! *(Se acerca, la coge por el brazo. Se quita los auriculares.)*

SONIA.– ¿De qué vas, Dani?
DANI.– ¿Vas para casa?
SONIA.– Sí, ¿por?
DANI.– Nada. ¿Y Rober?
SONIA.– Pues se ha quedado con Paula detrás del insti. Están saliendo juntos. ¿No lo sabías?
DANI.– Sí, claro. ¿Y Javi?
SONIA.– ¿Qué pasa con Javi?
DANI.– No sé, dímelo tú.
SONIA.– ¿Te lo ha contado?
DANI.– Sabes que soy su mejor amigo. Él me lo cuenta todo.
SONIA.– ¿Todo?
DANI.– Todo.
SONIA.– ¡Sera capullo! *(Se va a poner los cascos;* DANI *lo impide.)*
DANI.– Pero quiero que me lo cuentes tú.
SONIA.– ¿Qué quieres, Dani?
DANI.– Pues que me cuentes todo.
SONIA.– Vale. Me gustas.
DANI.– Pero...
SONIA.– Javi es tu mejor amigo, siempre estáis juntos. Fui a contárselo, estuvimos hablando de ti, y entonces me dijo que tú no querías nada conmigo. Punto.
DANI.– Javi te dijo...
SONIA.– Me dijo que ni lo intentara, que tú decías que yo..., que me iba con cualquiera.
DANI.– Yo no he dicho eso.
SONIA.– Mira, Dani, no sé a qué juegas. Javi no te había contado nada, ¿no?
DANI.– No.

SONIA.– ¿De qué vas? Mira, pasa de mí. Pasa de mí para siempre.
DANI.– Sonia, te juro que yo no he dicho nada malo de ti.
SONIA.– ¿Y por qué querría Javi inventarse algo así de su amigo?
DANI.– A lo mejor es él quien quiere algo contigo.
SONIA.– ¿Entonces tú no has dicho nada? Dani, parece que no te enteras. Hace años que nos conocemos y no has pillado ni una sola indirecta en todo este tiempo.
DANI.– Tú tampoco, Sonia.
SONIA.– *(Haciéndose ilusiones.)* ¡Dani!
DANI.– No. Sonia, nos conocemos desde críos..., te he intentado contar esto un montón de veces. Yo te quiero y te aprecio un montón, Sonia. Pero no podemos ser nada más que amigos. A mí no me gustan las chicas.
SONIA.– ¡Dani!
DANI.– A mi gusta Javi.
SONIA.– ¡Joder, Dani!

*(*Dani *se sienta, derrumbado, esconde la cara entre los brazos y* Sonia *le abraza, le besa la cabeza y le pide perdón.)*

DANI.– *(Sin levantar la cabeza de entre los brazos.)* No hay nada que perdonar, Sonia. Perdóname tú, perdóname por haber sido un puto cobarde.
SONIA.– ¿Y Javi lo sabe?
DANI.– ¡Qué va a saber! Si se entera, seguro que me manda a la mierda. Llevo años detrás de él. No sabes lo que duele sentirse rechazado constantemente.
SONIA.– Puedes creerme que sí lo sé, lo sé perfectamente.
SONIA y **DANI.–** ¿Por qué es todo tan difícil?

(Se abrazan, se oye el sonido de una lata vacía que vemos cruzar el escenario; regresa Javi*, que viene dando patadas a la lata.)*

JAVI.– ¡Pareja! ¿Molesto o qué?
SONIA.– No, no molestas. Yo ya me iba. Si alguien sobra aquí, soy yo.
DANI.– ¡Sonia!

*(*Sonia *le mira, le guiña un ojo y le da un beso en la mejilla. Se para frente a* Javi*, le da una palmada en el hombro, le sonríe y se va con su música a otra parte.* Dani *evita mirar a* Javi. Javi *le mira y se sienta a su lado. Silencio.* Javi *ve que* Dani *no reacciona y se vuelve a levantar.)*

JAVI.– ¿Qué? ¿Nos damos una vuelta?
DANI.– No. Estoy bien aquí.
JAVI.– ¿Te ha dicho algo Sonia?
DANI.– Nada, rumores...
JAVI.– Hablando de rumores, me han dicho que Rober y Paula están juntos.
DANI.– Sí, yo también lo he oído.
JAVI.– Vía libre con Sonia entonces.
DANI.– ¡Vía libre!

*(*Javi *vuelve a sentarse. Observa a* Dani.*)*

JAVI.– ¿Qué te pasa? ¿Te ha contado lo que hablamos el otro día?
DANI.– Algo.

JAVI.– ¿A ti no te molará Sonia, no? Vale, joder, me preguntó por ti, y como yo sé que a ti no te va mucho, pues le dije que no, y le metí ficha por si colaba. Tampoco es para mosquearse entre colegas. ¡Es una tía!

DANI.– No te enteras de nada.

JAVI.– ¿Te vas a mosquear por una tía? Mira, Dani, si quieres paso de Sonia. Yo prefiero tu amistad a un rollo con esa.

DANI.– El problema es que yo no quiero tu amistad.

JAVI.– ¡Tronco, que no es para tanto! Si yo paso de Sonia.

DANI.– Cállate y escúchame por una vez en tu vida, aunque sea la última. Yo no quiero tu amistad porque quiero algo más contigo, Javi.

JAVI.– ¿Qué coño estás diciendo?

DANI.– Cada vez que me llamas novia celosa, cada vez que hablas de las tías que te molan, cada vez que me apartas la cara, cada vez que me pegas un corte o te levantas y te piras, y me dejas con la palabra en la boca, me destrozas.

JAVI.– Estás de coña, ¿no?

DANI.– No, ojalá estuviera de coña. Ojalá no sintiera lo que siento por ti desde aquel fin de semana en tu pueblo en que se nos ocurrió dormir en la misma cama.

JAVI.– Tú estás enfermo, loco.

DANI.– No, Javi. Esto no es una enfermedad.

JAVI.– Pero yo no tenía ni idea de que tú..., de que a ti...

DANI.– Dilo, dilo en voz alta. De que a mí me gustaran los tíos, de que yo fuera gay. Sí, Javi, aunque con un pequeño matiz: no me gustan los tíos, estoy enamorado de un tío, de ti. Y lo siento, porque no lo puedo evitar. Qué más quisiera yo que no sentir nada por ti. Qué más quisiera yo que poder mirar a otro lado, que poder desconectar el cable que me hace pensar día y

noche en Javi, Javi, Javi. Ojalá fuéramos de otra manera los dos. Sé que es imposible. Ojalá ahora me repudiaras y te alejaras de mí para siempre. O que me besaras ahora mismo como no has besado a nadie en tu vida.

JAVI.– Manda huevos...

DANI.– Sí, hacen falta huevos para plantarme aquí, delante de ti, y decirte todo esto. Ya hubiera yo querido haberlos tenido antes. Es curioso que haya sido Sonia quien me haya abierto los ojos. No somos tan distintos. Ahora ya puedes mandarme a la mierda si quieres.

(Silencio. DANI *le mira y se aleja.* JAVI *le interrumpe.)*

JAVI.– Dani, tío... Yo no quiero perder tu amistad. Pero entiende que yo no..., que a mí no..., que no me pones tío. Que yo veo dos tetas y se me pira. ¿Sabes una cosa? Hay rumores... Hace tiempo me dijeron que te molaban los tíos. ¿Recuerdas cuando discutí con Charly, que le partí la cara? Me dijo que era un trucha por irme contigo. ¿Y sabes otra cosa? Que yo sabía que te molaba. Y que me la suda. Que no me importa que te gusten los tíos o las tías. Que nunca me he sentido tan arropado ni tan apoyado por nadie. Que para mí eres mi hermano, mi amigo. Y que si quieres, si me dejas, voy a estar a tu lado. No puedo darte lo que te gustaría, pero no voy a dejarte solo, ni voy a darte la espalda... Quiero decir, joer, tío, no me malinterpretes lo de darte la espalda..., que yo te voy a seguir queriendo, joder.

*(*DANI *se queda parado,* JAVI *le da un abrazo.)*

JAVI.– ¡Ya! ¡Tampoco te pases! Venga, idiota, ¡vamos a dar un rulo!

DANI.– Vamos.

(Salen del escenario dando patadas a la lata vacía. Telón.)

ISA, VANE Y LOS NEUROTÍPICOS

Antonia Bueno

ISA *y* VANE *son dos chicas de 14 años que charlan a la salida del instituto.* ISA *está diagnosticada de* TDAH, *y* VANE, *de* Asperger. *Son grandes amigas, quizá por sus «rarezas», que las diferencian de los colegas «neurotípicos».*

ISA.– Los chicos son una lata. Mira los colegas de clase. Unos niñatos que siguen pensando en la *play*... Tú tienes suerte. Lucas es mayor... Por eso se parece más a nosotras. Pero supongo que tiene sus cosas.

VANE.– Tiene sus cosas.

ISA.– Claro, como todos, tía... Como nosotras.

VANE.– Pero él es «neurotípico».

ISA.– Ah, ¿sí? Vaya. Yo creía que Lucas también estaba un poco *p'allá*.

VANE.– ¿Creías que era como nosotras?

ISA.– Sí, eso pensaba. Como también es un poco «rarito»...

VANE.– Pero su rareza no es de enfermedad.

ISA.– Eso te ha dicho él, claro. Qué va a decir.

VANE.– Bueno, últimamente no me dice mucho.

ISA.– ¿Ni un *whats*?

VANE.– Estará ocupado.

ISA.– *(Entre dientes.)* Sí, claro. Ocupadísimo.

VANE.– ¿Qué dices?

ISA.– No, nada. Que todos tenemos nuestros «líos».

VANE.– Claro que tenemos líos. Somos adolescentes.

ISA.– Esto de «adolecer», tía, es un rollo..., una bomba..., una caca... «Hacerse mayor»..., estar «entre Pinto y Valdemoro»..., en este limbo chungo..., sin saber si somos carne o pescado..., en esta encrucijada..., dando vueltas a la rotonda..., sin saber por dónde tirar..., sin saber adónde narices vamos..., sin querer ir a rastras por un camino que no nos gusta..., que a lo mejor no es el nuestro..., que a lo mejor iríamos por otro...

VANE.– Yo me quedaría sentada.

ISA.– Es otra opción.

VANE.– Que la vida pase.

ISA.– Que nos la pasen como una peli, je, je, mientras nos comemos las palomitas. En vez de sentir que la vida se nos come.

VANE.– ¿Se nos come?...

ISA.– O sea ¡una mierda! Somos la generación perdida. Vamos a la deriva, como un barco hecho polvo.

VANE.– Como un barco...

ISA.– O como unas maracas. *(Gesticula y canturrea como tocando las maracas.)*

VANE.– ¿Qué haces?

ISA.– Mover el esqueleto. ¿No lo ves? Esto no se atreven a hacerlo los «neurotípicos». Pero a mí no me importa. Como se ríen igual de nosotras, hagamos lo que hagamos...

VANE.– Dicen que estamos enfermas.

ISA.– Sí, yo con mi TDAH.

VANE.– Y yo con mi Asperger.

ISA.– Creo que se lo han inventado, que está de moda.

VANE.– ¿De moda?

ISA.– Sí, Vane, tía. Esto nuestro les da un *güevo* de pasta a los *cometarros* y a las farmacéuticas.

VANE.– ¿Tú crees, Isa?

ISA.– Yo creo que es esta sociedad la que está enferma.
VANE.– Enferma... Entonces..., ¿nosotras somos las sanas?
ISA.– O excrecencias de esa enfermedad. *(Gesticula grandilocuente.)* Frutos podridos de este bosque contaminado. ¡Puaf!
VANE.– No vivimos en un bosque.
ISA.– Vale, es una metáfora. Las metáforas y los Asperger no os lleváis muy bien.
VANE.– Las metáforas son mentira y a mí no me gusta mentir.
ISA.– Okey, Makey. *(Mira el móvil.)*

(Silencio.)

VANE.– ¿Sigues pensando en eso?
ISA.– Quizás sea la única forma de encontrar un poco de silencio en esta jaula de grillos que es mi cabeza.
VANE.– *(Le mira la cabeza.)* A mí no me lo parece. Tu cabeza es normal.
ISA.– Sí, normalísima.
VANE.– Pero si es eso lo que quieres...
ISA.– ¡Joder, Vane, tía! Te lo cuento para que me animes, para que me digas que estoy loca, que no lo haga..., que no me quite de en medio..., que al menos tú me necesitas.
VANE.– Pero si has decidido hacerlo...
ISA.– ¿Has oído hablar de la empatía?
VANE.– Sí. *Empatía*: Nombre femenino. Participación afectiva de una persona en una realidad ajena a ella, generalmente en los sentimientos de otra persona.
ISA.– *(Aplaude.)* De libro, tía. Contigo no hace falta la *wiki*.
VANE.– Me has preguntado.
ISA.– Okey. Pues ahora baja de tu planeta a la Tierra y practica un poquito conmigo.

VANE.– ¿Cómo?

ISA.– Dime que no lo haga, que me quieres, que sería horrible que me quitara de en medio.

VANE.– No lo hagas, te quiero, sería horrible que te quitaras de en medio. ¿Así?

ISA.– No. Así no. Pareces un autómata o un loro de repetición.

VANE.– Eso no es cierto. Yo no tengo engranajes ni plumas.

ISA.– Okey. Perdona.

VANE.– No sé hacerlo de otra manera.

ISA.– Lo siento. Tienes razón. Con eso me vale. Gracias. *(Mira de nuevo el móvil. Pequeño silencio.)* Mira lo que dice: «El universo es azar».

VANE.– El universo es un conjunto de partículas subatómicas moviéndose en el vacío.

ISA.– ¡Flipo en colores! Lo has *clavao*. Y aquí, en medio del universo, estamos nosotras, moviéndonos «subatómicamente». *(Se contonea con agitación.)* No digas que no mola.

VANE.– En realidad somos más vacío que nada.

ISA.– *(Se detiene.)* ¡Vaya! ¡Ya has tenido que fastidiarla!

VANE.– Pero es la verdad. Y si tú te mueres, el universo sigue su marcha.

ISA.– Sí. Qué chungo. Moviendo el resto de sus partículas sin inmutarse... *(Pequeño silencio.)* Creo que por ahora prefiero seguir siendo un montoncito de partículas subatómicas bailarinas. *(Vuelve a contonearse.)* ¡Guau!

VANE.– Me alegra que ya no quieras morirte. Me gusta que seamos amigas.

ISA.– A mí también. Los «neurotípicos» me aburren.

VANE.– A mí me dan miedo.

ISA.– No seas tonta.

VANE.– No soy tonta. Soy Asperger.

ISA.– Era una broma.

VANE.– No me gustan las bromas. *(Pequeño silencio.)* Pero tú eres mi amiga y sé que no quieres molestarme.

ISA.– Claro que no, tonta...

VANE.– Otra vez lo has vuelto a decir.

ISA.– Perdona. Es que las palabras salen de mi boca sin pedirme permiso. Tengo aquí dentro una batidora que no para.

VANE.– ¿Tienes una batidora en la cabeza?

ISA.– Lo que tengo es un lío de narices.

VANE.– De narices...

ISA.– Digo... Que bueno, Vane, que me perdones. Que soy una bruta. Que no hago nada bien. Que no sé parar...

VANE.– Yo te puedo ayudar.

ISA.– Eres un sol.

VANE.– No soy un sol.

ISA.– Bueno, que eres guay.

VANE.– Tú también eres guay.

ISA.– Tú y yo nos vamos a comer el mundo. *(Va a abrazarla.)*

VANE.– *(Asustada, se separa.)* ¿A comer?

ISA.– Que vamos a hacer cosas grandes. Con tu inteligencia y mi imaginación, les vamos a dar sopas con onda a esos «neurotípicos».

VANE.– Yo no sé cocinar.

ISA.– Yo sí. Bueno, cocina imaginativa. Es mi fuerte. Je, je. Le echo a la olla todo lo que pillo. Mi madre se pone de los nervios, pero es que no puedo parar. No puedo parar. No puedo parar... Soy como el sombrerero loco de *Alicia en el País de las Maravillas*: mermelada, sal, azúcar, yogurt, huevos, kétchup... A veces hasta está rico.

VANE.– ¿Está rico?
ISA.– Yo te enseño.
VANE.– Vale. Y yo te enseño a resolver los problemas de mates.
ISA.– Esos que se me dan tan fatal.
VANE.– Si quieres, empezamos ya.
ISA.– Tranqui, Vane, que no se va a acabar el mundo dentro de una hora.
VANE.– Yo estoy muy tranquila.
ISA.– Pues también me tendrás que enseñar eso, aparte de las mates.
VANE.– ¿Tú crees, Isa, que si aprendemos todo eso, los compañeros se meterán menos con nosotras?
ISA.– Paso de ellos. ¡Que les den a los «neurotípicos»!
VANE.– ¿Qué les van a dar?
ISA.– Unas cuantas clasecitas sobre cómo tratar a dos chicas guay que han dejado de ser «raritas» para ser «diferentes».
VANE.– Para ser diferentes.
ISA.– ¿Me dejas que te dé un abrazo?
VANE.– Bueno. Tú eres mi amiga, Isa. Tú me puedes abrazar.
ISA.– Ven aquí, anda. Y mañana me abrazas tú, ¿okey?
VANE.– Okey, Mackey. *(Se ríe.)*

*(*Isa *abraza a* Vane. *Las dos chicas sonríen al futuro que tienen por delante.)*

NO TODO SON COLINAS

Caricatura teatral

Pedro Catalán

Et je dirais aux gens:
Refusez d'obéir
Refusez de la faire
N'allez pas à la guerre
Refusez de partir
BORIS VIAN. Le deserteur

Y diré a la gente:
Negaros a obedecer
Negaros a hacerla
No vayáis a la guerra
Negaros a partir
BORIS VIAN. El desertor

PERSONAJES: SOLDADO RUIZ, joven soldado a la fuerza
SARGENTO ESPINOSA, joven mujer militar desengañada
GENERAL VALERO, militar de toda la vida, lleno de medallas

Una guerra cualquiera. A lo lejos, una colina con un arbolito. El SOLDADO RUIZ *está en la trinchera recibiendo órdenes del* GENERAL VALERO.

G. VALERO.– ¡Venga, dispara!
S. RUIZ.– ¿A quién?
G. VALERO.– ¡Pues al enemigo, idiota!

S. RUIZ.– Y ¿dónde está?
G. VALERO.– Enfrente, el enemigo siempre está enfrente...
S. RUIZ.– No lo guipo, tío...
G. VALERO.– ¡Que no me llames *tío*!... No hace falta verlo... Te digo que está ahí y punto... Yo doy la orden..., tú apuntas... y disparas..., así de sencillo...
S. RUIZ.– ¿Y si no le doy?
G. VALERO.– Vuelves a disparar.
S. RUIZ.– Ya, pero... ¿y si me dispara el enemigo?
G. VALERO.– Te agachas...
S. RUIZ.– *Tronco*..., yo esto no lo veo...
G. VALERO.– ¡No soy *tronco*, soy el general!... ¿Cómo quieres que te lo diga?
S. RUIZ.– Vale, vale, *tronco* general...
G. VALERO.– Me sacas de quicio... ¿Tú ves esa colina que tenemos allí enfrente?
S. RUIZ.– ¿Aquella tan guay con un arbolito?
G. VALERO.– Sí, aquella del arbolito... Pues detrás está el enemigo...
S. RUIZ.– Yo flipo... ¿Y qué hace ahí?
G. VALERO.– Está escondido, esperando para atacarnos y matarnos.
S. RUIZ.– ¿Y por qué?
G. VALERO.– ¡Pues porque es el enemigo, imbécil!... ¡Y el enemigo ataca y nosotros tenemos que defendernos y matarlo antes de que nos mate a nosotros!
S. RUIZ.– Pero si a mí no me ha hecho nada...
G. VALERO.– Todavía, pero te lo puede hacer... En cualquier caso, eso es lo de menos... A ti te dan una orden y tú tienes que cumplirla...
S. RUIZ.– Pues desde aquí y con la colina en medio no sé cómo les voy a dar...

G. VALERO.– Primero disparas..., luego das un salto y sales de la trinchera..., corres en dirección a la colina zigzagueando..., te tiras cuerpo a tierra..., esperas..., disparas otro poco..., te levantas y sigues corriendo... El objetivo es conquistar esa colina... ¿Lo entiendes?

S. RUIZ.– ¿Y para qué queremos pillar esa colina, *tronco*, si ya tenemos muchas y más guays que esa?

G. VALERO.– ¡Porque es un lugar militarmente estratégico!... Ahora está dentro de las líneas enemigas, pero nosotros lo vamos a conquistar y así avanzar nuestra línea de frente y ganar terreno al enemigo.

S. RUIZ.– Pero si conseguimos subir a la maldita colina, nos van a llover las balas. Porque si están esperándonos, en cuanto nos vean...

G. VALERO.– ¡Hay que sacrificarse por la patria!... ¡Es inevitable que algunos caigan para que otros puedan tomar la posición!... ¡Y basta ya de tantas explicaciones!... ¡Así no se gana una guerra!

S. RUIZ.– A ver, colega, *tranqui*... Disparo, salgo de la trinchera..., echo a correr en zigzag, me despanzurro en el suelo, les meto caña, sigo corriendo, trinco la colina, llego a la cima..., disparo y los acribillo, pero antes de morir me disparan, me abrasan... y luego llega usted y se queda con la colina guay y le dan una medalla..., ¿no?

G. VALERO.– ¡Pues claro, joder!...

S. RUIZ.– Paso, *tronco*...

G. VALERO.– ¿Cómo que pasas?

S. RUIZ.– Que no voy.

G. VALERO.– ¡A este tío le monto un consejo de guerra y lo fusilo en media hora!... ¡Es una orden!

S. RUIZ.– Sí, pero es que es muy fácil mandar y luego quedarse aquí tranquilamente... Además, ya le he dicho que yo tengo

más colinas y que esta no me interesa... Para qué me voy a jugar el pellejo por una colina que ni me va ni me viene...

G. VALERO.– ¡Esto es insubordinación!... ¡Te puede costar un consejo de guerra!... ¡Y ya sabes lo que eso significa!

S. RUIZ.– O sea... que si no me mata el enemigo, me mata usted... Me parece que soy yo el que sale perdiendo siempre...

G. VALERO.– ¡Este hombre me consume los nervios!

S. RUIZ.– Mi *tronco* general... ¿Quién quiere la colina?... ¿Usted?... Pues se la regalo..., hala, ya tiene una colina para usted solito... Le devuelvo el chopo, el casco, usted se pone en mi lugar y...

G. VALERO.– ¡Esto es intolerable!... ¡Yo soy el general!

S. RUIZ.– ¿Y por qué es usted general?

G. VALERO.– ¿Ves todas estas medallas?... Son heridas de guerra...

S. RUIZ.– ¡Ah, que usted ya ha estado en otras!

G. VALERO.– *(Encolerizado.)* ¡Me cago en tus muertos!... ¡Basta de cachondeo!... ¡Tanta explicación... y tanta mierda!... *(Llamando.)* ¡Espinosa!...

SG. ESPINOSA.– *(Entra.)* ¡A sus órdenes, mi general!

G. VALERO.– Mire, señorita..., digo, sargento, o sargenta, o lo que sea..., hay un caso de insubordinación entre la tropa... Voy a formar un consejo de guerra sumarísimo...

SG. ESPINOSA.– Tomo nota, mi general... *(Escribe.)*

G. VALERO.– En la línea del frente, a quince de octubre del corriente año, yo..., don tal y tal y tal..., general del Ejército de Tierra, en ejercicio de mis funciones...

S. RUIZ.– Mi general, creo que no es para tanto, yo solo quería decirle...

G. VALERO.– ¡Tú te callas, saco de mierda!... ¡Me has inflado las pelotas y te vas a enterar!... *(La* SARGENTO *tiembla.)* Conti-

núe, Espinosa... En reunión urgente con el mando supremo del batallón... y por las causas que se detallan en este sumario...

SG. ESPINOSA.– ¿Qué causas?

G. VALERO.– ¡Ya se lo he dicho!... Insubordinación, desacato, rebeldía, deserción, alta traición, cobardía, de todo..., vamos, que solo le falta limpiarse el culo con la bandera...

S. RUIZ.– *Tronco*, escucha, coño...

G. VALERO.– *(Ignorándolo.)* Los miembros de este alto tribunal, por unanimidad, declaran al acusado culpable y lo condenan a la pena capital... La sentencia se ejecutará de manera inmediata... Línea del frente, a quince de octubre, etc. Hala, venga, que se nos va a hacer de noche...

SG. ESPINOSA.– *(Temblorosa.)* Tiene que firmar aquí... Mi general...

G. VALERO.– *(Firma.)* ¿Qué?

SG. ESPINOSA.– Que no tenemos pelotón...

G. VALERO.– Da igual... Sargento, o sargenta..., deje los papeles y agarre el fusil...

(Ella, muy nerviosa, cumple la orden.)

S. RUIZ.– ¡Usted no puede hacer esto!

G. VALERO.– Ya lo creo que puedo... Tú, imbécil, ponte junto al árbol... ¡Espinosa!

SG. ESPINOSA.– Sí, mi general...

G. VALERO.– ¡Apunte!

SG. ESPINOSA.– ¿Que apunte?... ¿A quién?

G. VALERO.– ¿A quién va a ser?... ¡A ese gilipollas!

SG. ESPINOSA.– Pero, mi general, si no le puedo apuntar...

G. VALERO.– ¿Cómo que no puede?

SG. ESPINOSA.– Que no puedo, mi general..., que es mi *churri*...
G. VALERO.– *(Pasmado y, después, furioso.)* ¿Que es... qué?
SG. ESPINOSA.– Mi novio, mi general..., y yo no puedo disparar a mi novio...; lo comprende, ¿verdad?... Es natural...
G. VALERO.– *(Amenazante, avanzando hacia ella.)* ¡Esto es... la gota que colma el vaso!... ¡Traiga aquí ese fusil inmediatamente!... ¡Esto lo arreglo yo y después me ocuparé de usted!... ¡Se va a pudrir en la prisión militar!...
S. RUIZ.– ¡Cuidado, Mari Cruz!

(Al abalanzarse el GENERAL *hacia ella,* ESPINOSA *retrocede y le encañona titubeante con el fusil.)*

SG. ESPINOSA.– ¡No dé un paso más, mi general!... *(*VALERO *se queda quieto, con cara de estúpido.)* No puede matar a mi novio así como así... Julián no ha hecho daño a nadie... Solo quiere volver a casa, trabajar y que nos casemos... Y qué va a ser de mí si me lo mata..., prefiero que me mate con él..., pero sobre todo prefiero vivir con él..., así que no se mueva..., porque nos ha costado mucho encontrar un piso y hay que pagarlo...
S. RUIZ.– Ya hemos encargado las invitaciones del banquete, tío, una pasta...
SG. ESPINOSA.– Queremos tener hijos, a los que no les importe tanto una colina de más o de menos... Mi general, no haga una tontería..., nosotros nos marchamos, porque en esta guerra solo sabemos hacer de muertos... Usted quédese con la colina, con el arbolito, con el sumario, y con sus medallas..., que nosotros no queremos ser héroes de nada...
S. RUIZ.– ¡Qué bien habla mi *tronca*, mi general...; no como yo, que soy un *pringao*!... Pero es que tiene toda la razón... Aquí

no pintamos nada... ¿Por qué quiere liarse a tiros con todo el mundo?... Mire, se me han puesto los pelos de punta solo de pensarlo...

G. VALERO.– *(Iracundo.)* ¡En mi vida he escuchado tal sarta de sandeces!... ¡Sólo sois un par de malditos cobardes, traidores y cretinos!...

(El GENERAL *se arranca furioso hacia* ESPINOSA. *Esta dispara y le hiere en una pierna. El* GENERAL *cae al suelo tapándose la herida, y ella tira el fusil.)*

SG. ESPINOSA.– Yo no quería hacerle daño, mi general... Se pondrá bien enseguida, ya verá...

S. RUIZ.– *(Le acerca un botiquín.)* Tenga, colega, póngase una tirita, que eso no es nada... Le enviaremos ayuda... *(Se quita el casco.)*

SG. ESPINOSA.– *(Tira la gorra.)* Cuando mejore le invitaremos a nuestra boda, para que vea que no somos rencorosos... Mi general, en la vida no todo son colinas y medallas...

*(*ESPINOSA *y* JULIÁN *se cogen de la mano y se alejan.)*

G. VALERO.– *(Frenético.)* ¡Alarma!... ¡Deserción!... ¡A mí la artillería!...

(Se oyen bombas y cañonazos. Oscuro.)

TODO CONTROLADO

María Luz Cruz

Personajes: Raquel
Adrián
Sebas
Sonia
Las edades están entre los 16 y 18 años.

Raquel *está nerviosa toqueteando el móvil y llegan* Adrián *y* Sebas *hablando.*

SEBAS.– Espero que salga todo bien.
ADRIÁN.– Tú, tranquilo, está todo controlado.
RAQUEL.– *(A* Adrián.*)* ¡Ya es hora, guapo!
ADRIÁN.– *(Le da un beso.)* ¿Llevas mucho esperando?
RAQUEL.– ¿A ti qué te parece? Habíamos quedado en que a las cinco pasabas a recogerme, y son casi y veinte.
ADRIÁN.– Perdona, me he encontrado con Sebas y...
RAQUEL.– Y has dicho «Raquel, que espere», ¿no...?
ADRIÁN.– Pues no.
SEBAS.– *(A* Raquel.*)* Tía, que solo han sido diez minutos de retraso. Que no te lo van a quitar.
RAQUEL.– ¡Tú te callas y te metes en lo tuyo, que a ti nadie te ha dado vela en este entierro!
SEBAS.– ¡Mi madre, cómo está el patio! Es mejor que me marche a buscar a Sonia, porque si no, te voy a soltar una...
RAQUEL.– Sí, anda, lárgate y déjale respirar un poco.

ADRIÁN.– Pero Raquel...
SEBAS.– Y me lo dices tú, que te pasas el día controlándolo.
RAQUEL.– Yo soy su chica y tengo derecho a hacerlo, pero tú...
SEBAS.– *(A* Adrián.*)* Bueno, ahora vengo con Sonia.

*(*Sebas *se retira por uno de los laterales.)*

ADRIÁN.– Te has pasado un poquito, ¿no crees?
RAQUEL.– Pero tú ¿de qué lado estás?
ADRIÁN.– Estás montando un pollo por una tontería y esto ya lo hemos hablado muchas veces; no me gusta que te pongas así, y menos delante de mis amigos.
RAQUEL.– ¿Por qué? A lo mejor al señor le da vergüenza.
ADRIÁN.– ¡Pues sí! Llevas unos días que no hay quien te aguante.
RAQUEL.– ¡Tendrás morro! Ya me dirás qué estabas haciendo con él para llegar tarde.
ADRIÁN.– Nada, en diez minutos qué quieres que haga.
RAQUEL.– Te he estado llamando y no lo cogías o estabas comunicando.
ADRIÁN.– *(Tratando de salir del paso.)* ¿Seguro? Es raro porque...
RAQUEL.– ¡Me estás llamando mentirosa!
ADRIÁN.– No, no. Es que desde ayer el móvil no funciona muy bien.
RAQUEL.– La culpa no fue mía, ya te dije que se me cayó sin querer.
ADRIÁN.– Ni mía tampoco.
RAQUEL.– ¡Tuya, sí! Porque si no te pasases el día colgado de él... Y ya me está a mí mosqueando tanto cuelgue.
ADRIÁN.– ¡¿Pero qué dices...?! ¿Qué mierda te pasa hoy?

(Suena el móvil de Adrián.*)*

RAQUEL.– ¿Lo ves? ¡Ya empezamos!
ADRIÁN.– *(Abre el móvil.)* Oye, ahora no puedo hablar, te llamo luego.
RAQUEL.– Nada, no te cortes, tú a lo tuyo.
ADRIÁN.– Ya he colgado, ¿satisfecha?
RAQUEL.– Pero ¿a quién has colgado?
ADRIÁN.– *(Saliendo del paso.)* A Julián. *(Le quita el móvil y lo mira.)* ¡Pero qué haces! ¡Estás tonta!
RAQUEL.– *(Muy mosqueada.)* ¡Ahora resulta que Julián te llama desde el móvil de Irene!
ADRIÁN.– Le habrá pedido que se lo deje.
RAQUEL.– ¡¿Me tomas por tonta?! ¿Qué pasa entre esa pava y tú?
ADRIÁN.– Oye, puedes calmarte un poquito.
RAQUEL.– ¡No me da la gana! ¿Y por qué quería hablar esa contigo?
ADRIÁN.– Te he dicho que era Julián.
RAQUEL.– ¡Y una mierda! Y según tú, ¿para qué te llama?
ADRIÁN.– Porque tenemos que ponernos de acuerdo para ir a jugar una partida de *paintball*.
RAQUEL.– ¿Y con quién pensabas ir y cuándo?
ADRIÁN.– Este fin de semana, con los chicos.
RAQUEL.– ¿Solo chicos...?
ADRIÁN.– Sí, que yo sepa no se ha apuntado ninguna chica.
RAQUEL.– ¿Y yo qué?
ADRIÁN.– Tú ¿qué de qué?
RAQUEL.– ¡Qué me dejas aquí tirada como una mierda!
ADRIÁN.– Otro numerito no, que solo voy a estar fuera un día y ni siquiera entero. *(Suena su móvil; mira de reojo, pero no lo abre.)*
RAQUEL.– ¿No piensas cogerlo?

ADRIÁN.– No, es igual, no quiero que me la vuelvas a montar.

RAQUEL.– *(Forcejea y le quita el móvil.)* Pues a mí sí me interesa saber quién es. *(Mira el móvil.)* ¡Otra vez la pava de Irene! ¡O me cuentas qué tienes con ella o hemos terminado! *(Se echa a llorar.)* Si me vas a partir el corazón, hazlo con un poco de clase, no de una forma tan cutre.

ADRIÁN.– ¿Cómo? Pero qué tonterías dices...

RAQUEL.– No trates de disimular, porque es peor.

ADRIÁN.– ¿Me vas a contar de una vez qué te pasa? Porque llevas unos días insoportable.

RAQUEL.– Cuando tú me digas la verdad.

ADRIÁN.– Ya te la he dicho.

RAQUEL.– ¡Lo que me pasa es muy fuerte!

ADRIÁN.– ¿Tanto? ¿Y yo puedo hacer algo?

RAQUEL.– ¡No!

ADRIÁN.– ¡No aguanto más, o me dices de una puta vez qué te pasa o me largo!

RAQUEL.– *(Lloriqueando.)* ¡No me grites, que lo estoy pasando muy mal! Mi madre está en estado.

ADRIÁN.– ¿En estado de qué?

RAQUEL.– ¡Embarazada, idiota!

ADRIÁN.– *(Soltando una carcajada.)* ¿Y por eso estás así...?

RAQUEL.– ¡No te rías¡ ¿Te parece poco? Qué vergüenza, tan mayor y embarazada.

ADRIÁN.– Tú madre no es muy mayor. ¿Cuántos años tiene?

RAQUEL.– Cuarenta y dos. ¿Te parece poco...?

ADRIÁN.– Cuarenta y dos no es tanto.

RAQUEL.– Pero ¿qué dices?, si está casi en la menopausia. Y luego me dice a mí que tenga mucho cuidado. Y ella ¿qué?...

(Llegan Sebas *y* Sonia.*)*

SONIA.– Hola, ya estamos aquí.
SEBAS.– Sí, ya nos veis.
RAQUEL.– *(Seca.)* Ya lo vemos...
SONIA.– ¿Interrumpimos algo?
RAQUEL.– Nada.
SONIA.– Pues nadie lo diría, menuda cara tienes.
RAQUEL.– ¿Te has visto tú la tuya?
SONIA.– Oye, guapa, no te pases.
RAQUEL.– La que se ha pasado has sido tú.
SONIA.– Solo ha sido una broma.
SEBAS.– *(A* Adrián.*)* ¿Tú no piensas decir nada?
ADRIÁN.– Sonia, no se lo tomes en cuenta, está muy nerviosa.
SONIA.– ¿Por qué? ¿Qué le pasa? ¿Habéis discutido?
RAQUEL.– No crees que estás hoy muy preguntona...
SONIA.– Bueno, mira, si te lo vas a tomar así, yo me largo.
SEBAS.– Pero qué dices, si acabamos de llegar.
SONIA.– ¡Que yo me largo y lo que sea que le pase ya se le pasará! Espero. *(A* Adrián.*)* Por cierto, dice Irene que a ver si le coges el móvil, que te ha llamado varias veces.
RAQUEL.– ¿Y por qué no me llama a mí?
SONIA.– *(Con retintín.)* Porque querrá hablar con él...
RAQUEL.– ¡Ya me está a mí mosqueando tanta llamadita de la pava esa!
SEBAS.– *(A* Adrián.*)* ¿Qué le pasa a esta hoy?
ADRIÁN.– Nada, que tiene un problemilla.
RAQUEL.– ¡Un problemilla, un problemón!
SONIA.– Me estáis asustando.
SEBAS.– *(A* Adrián.*)* ¿No estará en estado?
RAQUEL.– ¡Pero qué dices, loco!
ADRIÁN.– Ella no, pero...

RAQUEL.– ¡Tú te callas, que quieres que me muera de vergüenza!
ADRIÁN.– Vergüenza ¿por qué?
SEBAS.– Eso, vergüenza ¿de qué?...
ADRIÁN.– Nada, que su madre está en estado.
RAQUEL.– *(Lloriqueando.)* ¡Eres un bocazas!
SONIA.– ¿Y por eso estás así?
RAQUEL.– ¡¿Te parece poco?!
SONIA.– ¿Qué pasa, que no es de tu padre?
RAQUEL.– ¡Pero qué dices, no te pases!
SONIA.– Pues entonces no entiendo nada. Yo estaría saltando de alegría, no como tú.
RAQUEL.– ¿Tú estarías contenta?
SONIA.– Yo, contentísima, estaría como loca. ¿Y tus padres cómo están?
RAQUEL.– Como locos de contentos. Ya ves...
SEBAS.– Entonces... Eso demuestra que se quieren. Preocupada tendrías que estar si se separasen, pero por eso, tía...
RAQUEL.– ¿Pero mi madre no es muy mayor? Si le pasa algo, me muero.
SEBAS.– Qué le va a pasar... Que no es una vieja.
SONIA.– *(Cogiéndola.)* Un hermanito, o una hermanita, qué guay, tía.
RAQUEL.– ¿Tú crees?
SONIA.– Pues claro, tonta.
RAQUEL.– Bueno, a lo mejor sí.
SEBAS.– Venga, vamos a tomar algo para celebrarlo.
RAQUEL.– Vale.
SEBAS.– *(A* Raquel.*)* Pero tú invitas.

(Suena el móvil de Adrián*, lo mira y no lo coge.)*

SONIA.– ¿No piensas cogerlo?

RAQUEL.– Eso, ¿no piensas cogerlo?...

ADRIÁN.– Es Julián, le llamaré luego, ya sabéis lo pesado que se pone por wasap.

RAQUEL.– *(De un tirón le quita el móvil y mira el mensaje.)* ¡Muy bonito, precioso! ¿Te lo leo? Es de Irene. *(Lee.)* Tenemos que vernos, necesito tú ayuda, besitos. Si tienes un rollito con ella, me lo dices y yo me aparto elegantemente.

SONIA.– Pero que teatrera eres.

RAQUEL.– ¡Claro, como a ti no te están poniendo los cuernos!

SONIA.– ¡Ni a ti tampoco!

RAQUEL.– ¡Tú qué sabrás, si estás siempre en la parra! *(A* Adrián.*)* ¡O me dices por qué te llama esa pava o hemos terminado!

ADRIÁN.– Por nada, solo quiere hablar conmigo.

RAQUEL.– ¿Me tomas por tonta?

SEBAS.– ¡Tío, suéltalo ya!

RAQUEL.– ¡Tú lo has querido, hemos terminado!

SONIA.– ¡Bueno, ya está bien, yo no la aguanto más! ¡A ver si cierras esa boquita! Si le llama es porque te está preparando en su casa una fiesta sorpresa por tu cumpleaños.

RAQUEL.– *(Muy sorprendida.)* ¿Cómo? *(Los tres hacen el gesto de retirarse.)* ¡Oye, no me dejéis aquí! ¡Perdón, perdón!

(Oscuro.)

LA VERDAD DESVELADA

Alberto de Casso

Despacho de una directora en un instituto público. Una mesa con un retrato de santa Teresa de Jesús y documentos en un archivo. En escena, KARIMA, *una alumna de 17 años, y su madre, de origen marroquí. Solo* KARIMA *lleva cubierta la cabeza con un hiyab. Hablan español perfectamente.*

MADRE.– Es que el problema no está resuelto aún.

DIRECTORA.– No está resuelto porque su hija y usted no quieren atenerse a las normas del centro.

KARIMA.– ¿A qué norma?

DIRECTORA.– La norma 32 del Reglamento de Régimen Interno. ¿Quieren que se la lea de nuevo? «Ningún alumno ni alumna del centro podrá llevar la cabeza cubierta bajo ningún concepto».

KARIMA.– Pero es que esa norma no existía cuando empecé este curso. Se la han sacado de la manga para que no pueda acabar el curso.

DIRECTORA.– La norma fue aprobada en el último claustro y consejo escolar por unanimidad.

MADRE.– Tiene razón mi hija. Esa norma no existía cuando empezó el curso. Lleva cuatro años en este centro y es una de las mejores alumnas.

DIRECTORA.– Sí, es una de las mejores alumnas y es una pena que no pueda acabar el curso. Y yo sería la primera en lamentarlo. Pero no estamos aquí para hablar de su expediente.

KARIMA.– Hasta ahora no le molestaba a nadie con mi hiyab.

DIRECTORA.– Karima, ahora las cosas han cambiado. Hay una nueva normativa en el centro que no permite el *jayib*.

KARIMA.– Hiyab. Se dice hiyab, no *jayib*.

DIRECTORA.– Como se diga. Tampoco se tolera que un alumno esté con gorra en clase.

KARIMA.– Pero es que no tiene nada que ver una gorra con un hiyab. Mi hiyab es una seña de identidad religiosa, no un adorno ni un complemento. No me lo quito y me lo pongo según haga frío o calor o porque me aburra.

MADRE.– Una seña de identidad religiosa como la cruz o la medalla que lleva usted colgada en el cuello.

DIRECTORA.– No es lo mismo.

KARIMA.– Ah, ¿sí? ¿Cuál es la diferencia?

DIRECTORA.– Por lo pronto, el tamaño. Mi medalla es mucho más pequeña y pasa desapercibida.

KARIMA.– Pues si quiere me hago una reducción de cabeza en plan jíbaro para que mi pañuelo tenga el mismo tamaño que su medallita.

DIRECTORA.– Creo que estás sacando las cosas de quicio, Karima.

KARIMA.– ¿Qué daño hago con mi pañuelo..., con mi hiyab, a nadie?

DIRECTORA.– Pues empezando por la clase de Educación Física...

KARIMA.– Yo no tengo ningún problema en la clase de gimnasia. Es la profesora la que no me deja entrar en su clase. ¿Es ella quien ha empezado todo? Yo puedo correr y saltar y jugar al baloncesto con mi pañuelo.

MADRE.– ¿Qué solución nos ofrece entonces?

DIRECTORA.– Que siga su ejemplo.

MADRE.– ¿Mi ejemplo?

DIRECTORA.– Que se quite el jayib. Usted no lo lleva. ¿Por qué?

KARIMA.– Hiyab. Si tanto le molesta lo que llevo en la cabeza, podría al menos aprender a decirlo como Dios manda. Hiyab, hiyab, y no *jayib*.

DIRECTORA.– Esa es una de las posibles soluciones y en la que no haces ni una mínima concesión.

KARIMA.– ¿Y por qué voy a hacer concesiones? No ha contestado a mi pregunta.

DIRECTORA.– Sí la he contestado. Tienes que aceptar que hay una nueva normativa aprobada en el último claustro y ratificada en el Consejo de Centro.

MADRE.– ¿Y no le parece que por encima de la norma particular de este centro, que acaban de sacar, y que pueden volver a quitar cuando les parezca, hay una norma universal que es el derecho a la educación?

DIRECTORA.– Si no está de acuerdo, sus hijos pueden acudir a otro centro. Usted tiene libertad para llevar a su hija a un centro privado si quiere.

MADRE.– ¿Usted cree que la iban a admitir en un centro privado? ¿En un colegio católico, por ejemplo?

DIRECTORA.– Puede intentarlo.

MADRE.– Y mientras tanto termina el curso y mi hija tiene que repetir. ¿Y con qué dinero pagamos un colegio privado? ¿Nos vamos a vivir debajo de un puente?

DIRECTORA.– Entonces deberá aceptar las normas educativas del centro. Educar consiste en aceptar y atenerse a unos límites. No en hacer lo que a uno le dé la gana.

MADRE.– ¿De verdad cree que mi hija lleva pañuelo porque le da la gana?

DIRECTORA.– Hasta el curso pasado no lo llevaba. Usted sabrá mejor que yo por qué ha decidido ponérselo este curso.

MADRE.– ¿Y cree que nosotros, sus padres, la hemos obligado?

DIRECTORA.– No lo sé, ni es de mi incumbencia.

MADRE.– ¿Te hemos obligado, Karima?

KARIMA.– No, no me han obligado. Mis padres no querían que yo llevara pañuelo... «bajo ningún concepto». Tiene razón ella. Lo llevo porque me sale de los ovarios.

DIRECTORA.– ¿Te parece adecuada esa expresión?

KARIMA.– Será que se me han pegado de mis amigas cristianas o ateas estas expresiones tan vulgares.

DIRECTORA.– Educar consiste en aceptar y respetar unos límites. Ya saben y conocen cuáles son nuestros límites.

MADRE.– ¿De qué límites habla? ¿Será de límites racionales? El único límite que debería existir es el de la ignorancia y el de negar el derecho a la educación a una chica musulmana por el hecho de llevar pañuelo.

DIRECTORA.– Es que además deberían tener en cuenta que si viven en otro país...

MADRE.– ¿En qué país?

DIRECTORA.– En España...

MADRE.– Nosotras no solo vivimos en España, sino que somos españolas. Somos musulmanas españolas. Siempre ha habido musulmanes españoles. En algunas épocas, tantos como cristianos o más.

DIRECTORA.– Ah..., pues no sabía. ¿Han nacido en España?

MADRE.– Mi hija sí ha nacido en España. Yo llevo viviendo desde hace casi quince años y tengo la nacionalidad.

DIRECTORA.– Por eso habla tan bien el español.

MADRE.– Es que en mi país ya sabía español. Lo estudié en la universidad y allí daba clases de español.

DIRECTORA.– Entonces estamos hablando de colega a colega. Y si yo quisiera estudiar árabe en su país..., ¿podría hacerlo sin llevar velo?

MADRE.– Depende. Si lo hace en una universidad pública, no es necesario.

DIRECTORA.– No es necesario, pero sí recomendable para que nadie te acose, ¿verdad? ¿Sabe que en la escuela pública francesa han prohibido el velo?

MADRE.– Francia es Francia. Estamos en España.

KARIMA.– Pero ¿a quién molesto con mi pañuelo? ¿Me lo puede decir? Que yo sepa, mi pañuelo no escupe a la cara ni insulta a nadie. Los alumnos pueden llevar signos nazis en sus banderas o fotografías de mujeres desnudas y yo no puedo andar con mi hiyab.

DIRECTORA.– Hay una norma que te impide estar en el centro con la cabeza cubierta.

KARIMA.– ¿Y por qué no sacan una norma que impida a los alumnos y alumnas llevar *piercings* en la nariz y tatuajes en el culo?

DIRECTORA.– ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

KARIMA.– Los *piercings* también son peligrosos en Educación Física. Uno se puede caer y clavarse el *piercing*. Y los tatuajes no sabemos si dan cáncer de piel.

DIRECTORA.– Me tienen que disculpar. Me tengo que preparar para ir a mi clase.

KARIMA.– Por favor, llevo cuatro años en este instituto. ¿Quiere que mi madre y yo nos pongamos de rodillas y le besemos la cadenita?

MADRE.– No hace falta que te humilles tanto, Karima.

DIRECTORA.– Solo tendrías que atenerte a la norma del centro. A la nueva norma.

KARIMA.– No sé de qué maldita y estúpida norma me está hablando.

DIRECTORA.– Pues entonces ya hemos terminado.

KARIMA.– No sé de qué... nueva, maravillosa e interesante norma me está hablando.

DIRECTORA.– Si quieres te la leo por cuarta vez. A ver si se te graba bien en la cabeza.

KARIMA.– Por favor. Y si eso, me hago un tatuaje en la frente con ella.

DIRECTORA.– Por la norma 32 del RRI los alumnos y alumnas del centro no podrán llevar la cabeza cubierta bajo ningún concepto.

KARIMA.– Pues yo estoy cumpliendo esa norma.

DIRECTORA.– No veo que la cumplas ni que la estés cumpliendo.

KARIMA.– De hecho la estoy cumpliendo ahora. Yo no llevo mi pañuelo «bajo» ningún concepto, en todo caso lo llevo «encima» de algún concepto, si es que después de todo esto me queda algún concepto sano en la cabeza.

MADRE.– Por cierto, ¿no deberían cambiar también el nombre del centro?

DIRECTORA.– No nos lo hemos planteado. ¿Por qué habríamos de cambiarlo?

MADRE.– Como se llama IES Santa Teresa de Jesús y tienen su retrato ahí con la toca puesta que casi no se le ve ni la cara.

KARIMA.– ¿No piensa que a santa Teresa también la deberían expulsar conmigo por saltarse el RRI por la cara?

POLÍTICA

Maxi de Diego

Cuatro chicos o chicas de unos quince años tumbados en un parque de un barrio de Madrid. Hace bastante calor.

1.– Que sí, tío[1], que la política es una mierda.
2.– Que todos son iguales.
3.– ¿Quiénes?
2.– Los políticos, que no te enteras.
3.– Pues mi madre dice que eso es un tópico.
2.– Tu madre, perdona, no tiene ni idea.
3.– Pues mi madre es...
1.– *(Interrumpiéndole.)* ¿Y ese qué hace? *(Se refiere a otro amigo que, recostado en un árbol, está leyendo un libro.)*
2.– Yo qué sé. Ayer igual, con el librito a todas partes.
1.– Eh, tú, qué te pasa. *(No responde.* 2 *le tira un palito, pero no le da.* 1 *le lanza una piedra pequeña, que impacta en su cabeza; parece, por la reacción, que le ha dolido.)*
4.– Joder, estáis tontos. Me habéis hecho daño.
2.– Es que molestas, con el librito ese a todas partes.
1.– A mí el otro día se me cayó un libro a los pies y se me rompió una uña. Es por tu bien, leer es peligroso.
4.– Tú sí que eres peligroso.
3.– Pues mi madre dice que leer es bueno.
2.– Tu madre, perdona, no tiene ni idea.

[1] O *tía*, en función de la elección del grupo o compañía. Igualmente en sucesivas expresiones.

3.– Pues mi madre es...
1.– *(Interrumpiéndole, a 4.)* Oye, tú que sabes tanto, ¿a que la política es una mierda?
4.– Según.
2.– ¿Según?
4.– Sí, según qué entiendas por política. Dice el profesor de...
2.– *(Interrumpiéndole.)* Ese profesor de... lo que sea, perdona, no tiene ni idea.
4.– ¿Tenéis calor?
3.– Claro, ¿a qué viene esa pregunta?
4.– ¿Por qué no estamos en la piscina de la urbanización?
2.– A ti te ha afectado el sol, tío, o el libro ese que lees. ¿Tenemos urbanización?
4.– ¿Y por qué no estamos en la playa, disfrutando de las olas y de la brisa marina?
1.– Y de las titis en bikini o en toples.
4.– A ver, ¿por qué?
2.– *(De muy mal humor. Se abalanza sobre él.)* Tienes mala leche, imbécil. Sabes perfectamente por qué no estamos en la playa. Tampoco es para que nos lo recuerdes.
4.– *(Se suelta.)* Dejadme en paz, yo no os he preguntado nada.
3.– Mi madre dice que el calor...
2.– *(Interrumpiéndole.)* Tu madre, perdona, no tiene ni idea.
3.– *(Abatido.)* Mi madre se ha ido.
2.– ¿Adónde?
3.– No lo sé.
1.– ¿Por qué?
3.– No lo sé. Mi madre siempre decía... *(Se detiene antes de seguir, temiendo ser interrumpido nuevamente. Mira fijamente a 2.)*
2.– ¿Qué decía?

3.– Que hay que perseguir los sueños.
1.– Joder.
2.– Los sueños, qué bonito. ¿Y qué vas a hacer ahora?
3.– No lo sé, ¿tú qué harías?
2.– No me imagino estar sin mi madre.
1.– Pues hoy he visto en las noticias (mi padre me obliga porque dice que hay que estar informado) que han llegado a España o a Italia o a Grecia, no me acuerdo..., que han llegado no sé cuántos niños solos en un barco.
2.– Ves como la política es una mierda.
3.– ¿Pero eso es política? Yo creí que era inmigración.
1.– ¡Qué más da! Es parecido.
4.– Pues yo, cuando sea mayor, voy a ser político.
2.– ¡Buaaaaah! Que vomito. Tú no estás bien de la chota.
4.– Yo también tengo sueños, como la madre de este.
1.– Anda y yo, todos tenemos sueños. Eso que has dicho antes, lo de la playa... Hace cinco o seis años mis padres me llevaron una semana a un apartamento cerquita del mar. Creo que fue el mejor verano de mi vida.
4.– ¿Y por qué no has vuelto? No. No me lo digas, te lo voy a decir yo a ti. Por la política.
1.– Tú no estás bien, ¿verdad? No vamos a la playa por el paro.
4.– Cuando yo sea presidente del Gobierno o ministro de..., de algo, todo el mundo tendrá derecho a una semana en la playa. No, una semana me parece poco, mejor un mes.
2.– Pues cuando seas mayor, yo te voto. Te lo juro por Dios.
3.– Mi madre siempre decía que quería vivir cerca del mar. A lo mejor ha ido a instalarse y me llama desde allí para que vaya a vivir con ella.
2.– ¿Y tu padre?

3.– A mi padre no le gusta el mar. Dice que al mar solo van los ricos, y que los ricos le dan asco.

1.– A mí también me dan asco, sobre todo los pijos esos que tienen moto y urbanización privada con piscina y novia... Oye, cuando seas presidente del Gobierno o ministro, ¿también todos tendremos moto, urbanización privada con piscina y novia?

4.– Creo que sí. Para mí la política es que todos seamos iguales.

2.– Oye, pues tu política mola, ¿de dónde la has sacado?

4.– De algunos libros y de internet. Mira esta página. *(Saca el móvil, pero se lo vuelve a guardar.)* ¿Alguien tiene internet? *(Todos se miran, pero nadie contesta.)* Venga, vamos a la biblio y os la enseño. *(Mientras van saliendo.)* Veréis qué organización de jóvenes más chula. Yo creo que tendríamos que hablar con ellos.

2.– Si proponen lo de la semanita en la playa, yo me apunto. Con este calor...

1.– Que no, que era un mes.

3.– Pues yo con una semana me conformo. Aunque si me llama mi madre...

(Salen bajo un sol poderoso de Madrid en pleno mes de julio o agosto.)

ESE SONIDO

Luis Fernando de Julián

Oscuro. Un pulsómetro de hospital intercala su sonido con el silencio. La luz, fría, se abre y nos deja ver a cuatro jóvenes esperando en una sala. RUBÉN *camina con ansiedad de un lado a otro.* MUYUAN *mira su móvil.* TERESA *y* FÁTIMA *se abrazan. El sonido no desaparece, solo disminuye después de unos segundos.*

RUBÉN.– *(Deteniéndose.)* ¡Ese sonido! ¡Ese sonido! ¡Tengo ese maldito sonido taladrándome la cabeza! ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Taladrándome! ¡Me está destrozando el cerebro! ¿Es que no lo oís? *(Silencio.* TERESA *y* FÁTIMA *niegan con la cabeza.)* Vale, entonces es que ya me estoy volviendo loco. ¡Mierda de sonido! ¿Cuántas horas llevamos aquí?

FÁTIMA.– *(Mirando su reloj.)* Casi dos...

RUBÉN.– ¡Dos horas de mierda escuchando eso! ¡Me va a explotar la cabeza!

MUYUAN.– Ese sonido del que hablas es el pulsómetro de su habitación. Desde aquí no se oye. Es imposible. Lo más probable es que te haya impresionado mucho cuando casi conseguimos colarnos en su habitación... Seguramente, si lo hubiésemos conseguido..., colarnos y verla, ahora no estarías así. Pero como no la has visto, solo tienes el sonido de esa máquina... Suficiente para que tu cerebro construya el peor de los finales posibles.

RUBÉN.– Gracias por la información, señor Todoelputodiapegadoalmóvil. *(Pausa.)* ¿Sabes una cosa? Me cago en China y en todos los chinos sabelotodo.

MUYUAN.– Eso no lo aprendí en China. Lo aprendí aquí, en tu país, leyendo. ¿Tú sabes leer?

RUBÉN.– *(Se lanza contra* MUYUAN.*)* ¡Te voy a reventar!

*(*RUBÉN *y* MUYUAN *se enzarzan.* FÁTIMA *interviene para separarlos.)*

FÁTIMA.– ¡Basta! ¡Basta! *(*FÁTIMA *consigue separar a los dos chicos.)* Por estas cosas dejamos de juntarnos los cinco...

(Oscuro. El sonido del pulsómetro eleva su presencia durante unos segundos. Una luz se abre en paralelo y nos muestra un espacio, sin concretar, de un instituto. Silencio. FÁTIMA *y* RUBÉN, *mochila al hombro, se cruzan.)*

FÁTIMA.– Holla...

RUBÉN.– Hola.

(Ambos van a continuar sus caminos, pero FÁTIMA *se detiene.)*

FÁTIMA.– Oye...

RUBÉN.– ¿Sí?

FÁTIMA.– ¿Has visto a Teresa?

RUBÉN.– No. *(Breve silencio.)* ¿Y tú has visto al Chino?

FÁTIMA.– No, no le he visto. Hace mucho que no os veo a ninguno...

RUBÉN.– Ya... *(Otro breve silencio.)* ¿Y a Eli?
FÁTIMA.– Tampoco.
RUBÉN.– He oído cosas de ella...
FÁTIMA.– ¿Qué cosas?
RUBÉN.– A los de bachillerato no les cae bien... Creo que... Bueno, nada. Hasta luego.
FÁTIMA.– ¡Espera! ¿Qué crees?
RUBÉN.– He oído que van a hacer algo... Pero no sé de qué va.
FÁTIMA.– ¿Hacer algo? ¿A ella?
RUBÉN.– No sé. No me he enterado bien... De todos modos..., ya no tenemos que preocuparnos, ¿no? Ya no somos amigos. Ninguno de los cinco. ¿No?
FÁTIMA.– Ya...

(Breve pausa.)

RUBÉN.– Tengo que irme.
FÁTIMA.– Yo también.
RUBÉN.– Chao.
FÁTIMA.– *Ciao.*

(Salen. El oscuro se hace sobre la escena. El sonido del pulsómetro vuelve a hacerse presente. Unos segundos de oscuridad más y la luz se abre mostrándonos de nuevo la sala de espera del hospital.)

TERESA.– *(En pie.)* Creo que yo también oigo ese sonido... Sí. Lo estoy oyendo. Ahora. Y ahora otra vez. ¿Vosotros no lo oís? *(*Rubén *y* Fátima *niegan con la cabeza.)* ¿Cuántas horas llevamos aquí?

FÁTIMA.– *(Mirando su reloj.)* Cuatro.
TERESA.– ¡¿Por qué no nos dejan entrar a verla?!

(Breve silencio.)

MUYUAN.– Porque somos menores.
TERESA.– ¡¿Y entonces qué estamos haciendo aquí?!
FÁTIMA.– Esperar. Es lo único que podemos hacer...
RUBÉN.– No, no es lo único que podemos hacer. *(*Rubén *se pone en pie enérgico.)* Voy a buscarles y reventarles la cabeza.
FÁTIMA.– ¿Y qué va a arreglar eso?
TERESA.– Yo estoy contigo. ¡Vamos a reventarles la cabeza!
FÁTIMA.– ¿Y eso va a hacer que todo retroceda en el tiempo?
RUBÉN.– ¿Qué dices?
FÁTIMA.– Pregunto si que vosotros les reventéis la cabeza va a cambiar que Eli esté enganchada a esa máquina. ¿Os habéis parado a pensarlo un momento? *(Teresa y* Rubén *en silencio.)* Yo sí lo he pensado.
RUBÉN.– ¿Tú?
FÁTIMA.– Sí, yo también he pensado en reventarles la cabeza. Pero ¿sabéis una cosa? No es por el odio que les tengo. Tampoco es por vengar a Eli.
RUBÉN.– Entonces, ¿por qué es?
FÁTIMA.– Por la rabia que tengo dentro y no sé por dónde sacar.
RUBÉN.– ¡Yo también estoy rabioso! ¡Vamos a por ellos!
FÁTIMA.– No es la misma rabia.
TERESA.– Sé a qué rabia te refieres. Creo que yo también la tengo...
RUBÉN.– ¡¿De qué mierda de rabia estáis hablando?!
FÁTIMA.– De la que nos crece dentro, cada vez que pensamos...

TERESA.– ... que podíamos haber hecho algo para que esto no pasase.

(Oscuro. El sonido del pulsómetro eleva su presencia durante unos segundos. Una luz se abre en paralelo y nos muestra un espacio, sin concretar, de un instituto. Silencio. TERESA *y* MUYUAN*, mochila al hombro, se cruzan.* MUYUAN *va atento al móvil.)*

TERESA.– Hola...
MUYUAN.– *(Levanta sorprendido la mirada.)* Hola.

(Ambos van a continuar sus caminos, pero TERESA *se detiene.)*

TERESA.– Oye...
MUYUAN.– ¿Sí? *(Guardando el móvil.)*
TERESA.– ¿Has visto a Fátima?
MUYUAN.– No. *(Breve silencio.)* Y tú, ¿has visto a Rubén?
TERESA.– No, no le he visto. Hace mucho que no os veo a ninguno...
MUYUAN.– Ya... *(Otro breve silencio.)* ¿Y a Eli?
TERESA.– Tampoco.
MUYUAN.– En las redes dicen cosas de ella...
TERESA.– ¿Qué cosas?
MUYUAN.– Bueno, no dicen exactamente que sea ella..., pero está claro que es Eli. Hay gente del instituto a la que no le cae bien... No sé... Es como si la hubiesen cogido manía o algo así...

TERESA.– Pero si Eli no se mete con nadie.

MUYUAN.– Ya, pero... No sé, a la gente no les gusta. La bloquean, la echan de los grupos, borran sus comentarios, escriben cosas en su muro... Está claro que le tienen manía o algo así.

TERESA.– ¿Y tú no puedes hacer nada?

MUYUAN.– ¿Yo?

TERESA.– No sé... Eres un genio de la informática...

MUYUAN.– ¿Y tú?

TERESA.– ¿Yo?

MUYUAN.– Tú tienes confianza con sus padres, ¿no? Tal vez podrías decírselo...

TERESA.– No. Yo no... *(Breve pausa.)* De todos modos..., ya no tenemos que preocuparnos, ¿no? Ya no somos amigos. Ninguno de los cinco. ¿No?

MUYUAN.– Ya... *(Breve pausa. Sacando su móvil.)* Tengo que irme.

TERESA.– Yo también.

MUYUAN.– *Bye*.

TERESA.– Chao.

(Salen. El oscuro se hace sobre la escena. El sonido del pulsómetro vuelve a hacerse presente. Unos segundos de oscuridad más y la luz se abre mostrándonos de nuevo la sala de espera del hospital. Rubén *tiene la mirada fija en el suelo.* Teresa *se ha hecho una bola y se hunde entre sus rodillas en un asiento.* Fátima *se ha colocado a un lado, arrodillada, y parece susurrar una oración.* Muyuan *sigue inmerso en el móvil.)*

RUBÉN.– ¿Cuánto tiempo llevamos aquí? *(Nadie contesta.)* ¿Cuántas horas?

TERESA.– Demasiadas.

RUBÉN.– Fátima, ¿cuántas?

TERESA.– Ahora no te escucha.

RUBÉN.– Hace bien. Mejor no oír ese sonido...

TERESA.– ¿Aún lo oyes?

RUBÉN.– Sí. ¿Y tú?

TERESA.– También. *(Breve silencio.)*

TERESA.– Me gustaría no haberlo oído nunca...

RUBÉN.– A mí también.

TERESA.– Que solo fuese algo en la típica escena de película...

RUBÉN.– Sí, eso. Solo en las películas. *(*MUYUAN *suelta, frustrado, el móvil y con el ruido interrumpe la conversación.)* ¿Qué pasa?

MUYUAN.– He revisado todo. Cada uno de los perfiles, en todas las redes. No hay nada. Han borrado todo lo que leí hace unas semanas. No queda nada. Nada. Ni el más mínimo comentario sobre Eli. Lo han borrado todo. Es imposible sacar algo para acusarles...

(Silencio desolador.)

TERESA.– Esas escenas de las películas... no pasan en la vida real, ¿no?

RUBÉN.– No.

(Breve silencio de los personajes.)

MUYUAN.– ¿Cuántas horas llevamos aquí?

(Nadie contesta. El sonido del púlsometro se eleva rápidamente y, acto seguido, se convierte en un pitido continuo. Los cuatro jóvenes se ponen en pie, alarmados. Pausa total de los personajes. El sonido perdura apenas unos segundos más mientras se hace el OSCURO FINAL sobre la escena.)

TODO OCURRIÓ DE REPENTE

Jesús Fernández García

Todo ocurrió de repente. Estábamos ensayando un recital de algunos poemas del Romancero Gitano, de Federico García Lorca, en el lugar y la hora equivocados. A quién se le ocurre buscar un local para ensayar, muy cerca de un cuartel de la Guardia Civil, que yo creí en un primer momento que era un centro de día de la tercera edad. Miré el edificio de refilón y no pude ver el antiguo lema que lucía a la entrada: «Todo por la Patria». Cuando más enfrascados estábamos, declamando el célebre poema de García Lorca «Prendimiento de Antoñito el Camborio en el camino de Sevilla», la puerta del salón se abrió y entró una pareja de la Benemérita, a saber, un SARGENTO *y un* CABO*, pertrechados con el uniforme y las armas reglamentarias.*

CABO.– ¡Quietos todos, que nadie se mueva!

(Todo el elenco del espectáculo poético nos quedamos sorprendidos, pensando que eran otros actores del barrio que habíamos elegido para ensayar, y que nos daban la bienvenida de esta forma tan chirigotera.)

NARRADOR.– *(Interviene como responsable del grupo.)* Jo, colegas, qué susto nos habéis metido.

SARGENTO.– De colegas nada, un respeto a la autoridad.

(Acto seguido y sin un ápice de empatía, nos mostraron las placas que los identificaban como miembros de las Fuerzas y Cuerpos de la Seguridad del Estado. Para nosotros también se acabó el cachondeo, la cosa iba en serio y estos personajes no eran actores del pueblo, sino auténticos agentes de la autoridad. El SARGENTO *sacó unos apuntes de un bolsillo del uniforme y, sin perder su tono grave y solemne, comenzó el interrogatorio al grupo de faranduleros.)*

SARGENTO.– Hasta nuestra casa cuartel han llegado vuestras graves acusaciones, todas falsas, por supuesto, de que hemos detenido, camino de Sevilla, a un gitano llamado Antonio Torres Heredia. Y esas falsas afirmaciones las ha detectado nuestro RDM (robot detector de mentiras) en este garaje clandestino. ¿Se puede saber quién coño es ese gitano?

NARRADOR.– *(Ateniéndome al poema lorquiano y señalando al interior de un ejemplar del Romancero Gitano que sostenía entre mis manos.)* Es uno de los hijos y nieto de los Camborios.

SARGENTO.– En mi vida he oído nada de ese clan o familia gitana. Y son muchos los años que llevo de sacrificio y abnegación al servicio de la Fundación del Duque de Ahumada. *(Tocándose con los dedos unas condecoraciones que llevaba prendidas en el pecho, muy ufano.)* Estas medallas no me las han dado por guapo ni por patriota, que, dicho sea de paso, lo soy y mucho, sino por mi trabajo, por mi valor y sacrificio en la lucha contra la delincuencia organizada. *(Dirigiéndose a todo el elenco de actores.)* Podéis tocarlas si queréis.

(Los actores se pusieron en fila y uno por uno fueron tocando sutilmente, con el dedo índice,

las dos medallas de plata y oro que lucía con orgullo el SARGENTO. *Este sacó un pañuelo de otro bolsillo, las limpió con esmero del manoseo que acababan de sufrir y, de paso, las sacó un poquitín más de brillo.)*

SARGENTO.– *(Echando una hojeada a los arrugados apuntes que traía consigo.)* ¡Al grano! ¡Voy a desmontar todas las mentiras que han llegado hasta nuestra casa cuartel! Primera, que la Guardia Civil que vigila los caminos, trochas, apriscos y veredas no ha detenido a ningún gitano apodado el Camborio. Y menos aún que lo han llevado «codo con codo» hasta nuestros calabozos.

CABO.– *(Como no podía estar callado, apostilló al instante.)* Y lo peor de todo, sargento, es que digan que mientras estaba enchironado, cosa que no es cierta, bebíamos limonada.

NARRADOR.– *(Atreviéndose a contestarle.)* Esa afirmación no es nuestra; está escrita en el poema.

CABO.– ¡Cállese y conteste cuando le pregunten! Lo que nos ha quedado claro es que habéis dicho que bebíamos limonada. ¡Todos!

NARRADOR.– *(Sin titubear.)* Esa afirmación es de Federico García Lorca, autor del poema.

SARGENTO.– ¡Me da igual que lo haya dicho Federico o San Hermenegildo. ¿Queréis que os diga por qué no es cierto eso? *(Se hace un silencio sepulcral. Dirigiéndose a su subalterno.)* Dígaselo, cabo.

(El CABO *se estiró el uniforme y se volvió hasta situarse frente a los expectantes actores.)*

CABO.– En la cantina del cuartel esos mejunjes se los dejamos a los chiripitifláuticos del botellón. ¡Vino! ¡Vino español,

manchego, como buenos patriotas, y si no lo tenemos, de pitarra! ¿Os ha quedado claro?

(Todos callamos e hicimos con la cabeza un imperceptible signo de afirmación.)

CABO.– Y no hablemos de que el tal Camborio tenía que haber «hecho una fuente de sangre con cinco chorros». Amenazas de esa envergadura jamás las hemos sufrido.

(En este preciso instante se me ocurrió una idea que venía al pelo para los diálogos surrealistas que se estaban hilando en el local de ensayo.)

NARRADOR.– Mi sargento, perdone que le interrumpa, pero los poetas a veces emplean metáforas en sus escritos; García Lorca se refiere aquí al vino rojo, al denominado Sangre de Toro, que, como usted sabe, es uno de los vinos más conocidos y populares en España.

SARGENTO.– *(Eufórico.)* ¡Sangre de Toro! Hermosa metáfora. Me gusta.

NARRADOR.– No sé si usted lo sabía, pero este poeta granadino era muy aficionado a los toros y amigo de toreros.

(El SARGENTO *se acercó a mí y me puso la mano en el hombro como si fuéramos viejos amigos. Solo me faltaba rematar la faena y el lance en que, sin saber cómo ni cuándo, estábamos metidos)*

SARGENTO.– No lo sabía, pero me alegro de que me lo diga. Con la información que usted me da, ese poeta, a partir de

hoy, va a ser más conocido en mi cuartel que el mismísimo ministro de Interior. Voy a hacer que todos los agentes se compren un libro de poemas de ese tal Federico. Es más, voy a hacer que se lo aprendan de memoria de cabo a rabo.

(El SARGENTO *dio media vuelta y miró, a través de una ventana abierta, a la casa cuartel donde residía. «Sangre de Toro», murmuró para sus adentros. El* CABO *se acercó a su superior y le recordó el principal motivo por el que habían llegado hasta el local de ensayos.)*

CABO.– Sargento, ¿qué hacemos con esa ley que hemos venido a aplicarles a estos titiriteros? *(Mientras pronunciaba las últimas palabras, el* CABO *hizo un gesto como de cerrarse la boca con cremallera.)*

SARGENTO.– ¡Ah!, la Ley Mordaza..., la Ley Mordaza...

(Al oír estas fatídicas palabras, no pude controlar mis impulsos y grité.)

NARRADOR.– La Ley Mordaza, sargento, es el mayor atentado de los últimos años contra la libertad de expresión en España.

(En esse momento sonó un móvil. Era el del SARGENTO*, que ya lo tenía en la mano y pegado a la oreja.)*

SARGENTO.– Sí, aquí el sargento Gutiérrez. *(Guarda silencio mientras escucha.)* Sí..., sí... Sí... Gracias, mi coronel. *(Cierra el móvil. Al* CABO.*)* Fernández, volvemos al cuartel. *(Al elenco poético.)* Os dije desde un principio, que era totalmente falsa,

la detención por agentes de nuestro cuerpo de un gitano llamado Antonio Torres Heredia, de la familia de los *Camborios*. Acaban de confirmarme que un varón de dicha etnia, con esa descripción y apodado el *Camborio* ha sido muerto por sus cuatro primos, de un clan también de raza gitana, conocidos como los Heredias e hijos de Benamejí.

CABO.– ¿Dónde ha sido, mi sargento?

SARGENTO.– Cerca del Guadalquivir.

CABO.– ¿Se sabe cuál ha sido el móvil?

SARGENTO.– La envidia.

(Con la rotunda mención de este maldito pecado capital hispano, los agentes abandonaron el local de ensayo. Antes de salir por la puerta, el SARGENTO *se giró y se dirigió al grupo de comediantes.)*

SARGENTO.– Esta vez la Sangre de Toro os ha salvado de las tijeras. Pero no siempre vais a tener tanta suerte.

(Los agentes de la Benemérita desaparecieron tras la puerta. No sé si fueron figuraciones nuestras, pero todos creímos oír, mezclado con sus pasos, que se alejaban: «Mucha mierda».)

EL ASCENSO

Gabriel Fuentes

Personajes: ABELARD
BOB

ABELARD, *después de abrir la puerta, sigue cortando el césped. Va vestido de traje y corbata. Entra* BOB, *vestido casual, con la camisa abierta y un pendiente en la oreja.*

ABELARD.– Te ha invitado...
BOB.– ¡Cómo se nota el paso del tiempo!
ABELARD.– Llegas pronto.
BOB.– *(Se sienta.)* Hay que tomarse el tiempo necesario para las cosas importantes.
ABELARD.– Muy pronto, de hecho.
BOB.– Saborearlas. ¡Nuevo color en las paredes!
ABELARD.– El carácter es fundamental en esta profesión.
BOB.– *(Se pone en pie, cierra los ojos y cita mecánicamente.)* «La unidad es la variedad, y la variedad en la unidad es la ley suprema del universo».
ABELARD.– *(Mientras se seca el sudor.)* Estás dispuesto a todo. Conseguirás lo que te propongas. *(*BOB *sonríe.)* Si consigues engañarle, claro.
BOB.– Un jardín precioso, una mujer *encantaora* y un perro..., un perro más *encantaor* si cabe.
ABELARD.– No tiene un pelo de tonto.
BOB.– ¡Sí, señor!

ABELARD.– Descubrirá tus puntos débiles en cuanto ponga un pie en el felpudo.

BOB.– ¡Es usted un gran ejemplo a seguir!

ABELARD.– *(*Bob *se sienta y se abrocha la mitad de los botones de la camisa.)* Es capaz de oler el miedo y la mediocridad. Y a ti te sobra tanto de lo uno como de lo otro.

BOB.– Lo cierto es que las vistas no son muy agradables, pero siempre podemos pintar esa pared de ahí. Está *chamuscá*.

ABELARD.– *(Riendo.)* Aceptar la invitación ha sido un grandísimo error por tu parte.

BOB.– *(Se abrocha los botones que le faltan.)* Los colores oscuros ocultan las humedades.

ABELARD.– Una cagada, más bien. Podríamos acordar que eres aceptable para tu puesto. Para descolgar un teléfono no hay que ser Einstein... Y, siendo generoso, podría incluso afirmar que hasta ahora has cumplido con tu cometido.

BOB.– Los más claros, en cambio, revelan las manchas de moho.

ABELARD.– Pero de ahí a dirigir un equipo... ¿Cómo hemos podido estar haciendo el mismo trabajo tú y yo?

BOB.– El color es importante.

ABELARD.– ¡No me han sabido valorar! ¡Pero hoy se acabó! Creí que tenías algo que hacer, pero viéndote he comprobado que solo eres una bonita voz. ¿Serías realmente capaz de dar más de lo que eres?

BOB.– En cualquier caso, se podría pintar.

ABELARD.– Servicial y sumiso. *(Sonriendo.)* Atributos propios de un líder.

BOB.– Aunque lo mejor sería tirarlo a *golpacos*.

ABELARD.– *(Deja de cortar el césped.)* Y sin paciencia, ni saber estar.

BOB.– Ya puedo olerlo.

ABELARD.– ¡Yo he nacido para mandar!

BOB.– Sí. *(Se santigua. Se pone en pie y canta al cielo.)* Me despierto cada día y doy gracias a los dioses por lo afortunado que soy de encontrarme entre gente tan honesta y pura. ¡Sí!

ABELARD.– ¿Seguirás haciendo como si no estuviese?

BOB.– Es importante creer en algo.

ABELARD.– Haz lo que veas.

BOB.– *(Saca una corbata del bolsillo izquierdo.)* Ya sea Dios, Jehová, Buda o cualquier virgen llorona. *(Se hace el nudo.)* ¡Qué importa!

ABELARD.– *(*BOB *se sienta.* ABELARD *comienza a hinchar globos, que va soltando por el jardín.)* Pronto seré tu jefe y entonces seré yo el que se ría...

BOB.– De otra forma, puedes volverte loco con tanto fantasma al acecho en busca de tu salud mental.

ABELARD.– Soy el más preparado. No me hace falta ganar puntos ante Charles. ¿A quién le ha dejado las llaves de su casa? ¡Soy su favorito!

BOB.– ¡Se oyen tantos pájaros en este jardín! ¡Es maravilloso!

ABELARD.– La franqueza es mi fuerte. Si te molesta...

BOB.– Adivinaría los colores por su canturreo.

ABELARD.– Sigue con tu tónica.

BOB.– Hay pájaros de bellísimo plumaje que solo saben sacar pecho y canturrear a los cuatro vientos.

ABELARD.– No va a traerte más que problemas.

BOB.– Hay otros, en cambio, que son pechicortos y de mal cantar, pero capaces de resistir cualquier aluvión.

ABELARD.– ¡Ni pájaros ni ostias! ¡El que vale, vale! Y el que no...

BOB.– Ese es justo de los últimos. ¡Acércate, pajarillo!

ABELARD.– *(Hincha el último globo.)* Ya está casi todo listo. Los globos, el césped...

BOB.– ¿Tienes el pico roto?

ABELARD.– La mesa, puesta; he pasado la fregona, podado las plantas...

BOB.– Desgastado y puntiagudo, diría.

ABELARD.– ¡Ya casi es la hora!

BOB.– Deja de afilarlo, pequeñillo.

ABELARD.– ¡Bah! *(Saliendo del jardín.)* Me falta algo...

*(*Bob *se saca el pendiente y con el engarce va pinchando uno a uno los globos que ha ido inflando* Abelard*, con una sorprendente destreza. Guarda el pendiente en el bolsillo delantero de la chaqueta. Se sienta.)*

ABELARD.– *(Entrando con un enorme cartel enrollado.)* ¿Qué ha sido eso? ¡Has pichado los globos!

BOB.– ¡Vuela, vuela, pajarillo!

ABELARD.– ¡Un buen golpe es lo que te voy a dar! *(*Abelard *se sube encima de* Bob*. Le agarra por la corbata, le zarandea, le escupe y le da un bofetón.* Bob *se mantiene en su posición mientras* Abelard *espera una respuesta, que no llega.)* ¡Por gracioso!

BOB.– *(Mientras se arregla.)* El hombre demuestra su perfección por dentro, el animal por fuera.

ABELARD.– Si esto es una estrategia para sacarme de quicio, ¡vas listo! ¡Si no hay globos, pues sin globos! Pero no vas a estropear la misión que me ha encomendado Charles. ¡Un entorno agradable para un anuncio importante! Me ha dicho que será un gran momento de cambio para la empresa.

BOB.– Te juro que nunca lo había visto así.

ABELARD.– No, no hace falta pensarlo mucho. Quiere decir lo que quiere decir. Hoy, después de la reunión, quedará demostrada mi superioridad. Me he enterado de que Charles se va al Caribe... Por lo tanto, alguien tiene que quedarse aquí..., así que está claro que yo estaré al mando... ¡Subiré los índices de venta hasta límites jamás conocidos! ¡Volveremos a ser la empresa número uno en comunicación de siniestros! ¡Celebraremos mi ascenso con champán! ¿Te gusta el champán?

BOB.– Jamás de los jamases.

ABELARD.– ¡Cómo te va a gustar a ti el champán!

BOB.– Las sorpresas llegan cuando menos las esperas.

ABELARD.– ¡El cartel! ¡Falta el cartel! *(Ríe. Sube a una escalera.)* ¡Sigue a lo tuyo...!

BOB.– Las disfruto cada segundo.

ABELARD.– *(Tensa la cuerda que sujetará el cartel.)* Recita, recita...

BOB.– Solo se cayó...

ABELARD.– ¡Basta ya!

BOB.– ¡... y se rompió!

ABELARD.– *(Bajando de la escalera.)* ¡Entérate! Lo único que se va a romper aquí es tu cara de perdedor. No hay más que verte... ¿Sabes qué se dice de ti en la oficina?

BOB.– Y no hay manera de volver a unirlo.

ABELARD.– ¡Que da pena verte! *(*Bob *carraspea.)* Y por fin compruebo que es verdad. Además, ¿has visto alguna vez a un jefe que apeste a perdedor?

BOB.– *(*Bob *se seca la frente.)* La unión de las partes no se consigue solo con pegamento.

ABELARD.– Yo incluso me pongo, uso la misma colonia que él. *(Triunfante.)* ¡Charles me va a elegir a mí!

BOB.– Por mucho que pongamos.

ABELARD.– ¡Yo soy como él! ¡Uso la misma ropa!

BOB.– *(Se pone en pie.)* ¡Sin desfallecer!

ABELARD.– ¡Como y bebo lo mismo! ¡Somos casi el mismo!

BOB.– Pero sin dejar de intentarlo una y otra vez. Cada trozo es importante y único.

ABELARD.– ¡Seré él mismo! Y entonces te verás en la cola del SEPE. ¡Serás uno más de los seis millones de tarados y holgazanes que tiene este país!

BOB.– Hasta que uno se cansa de jugar.

ABELARD.– ¿A quién crees que ha llamado para preparar todo esto, eh?

BOB.– Entonces, uno debe ser preciso y terminante.

ABELARD.– ¡Tú no eres capaz de hacer nada!

BOB.– Sin vacilaciones, ni *na* de *na.*

ABELARD.– ¡No tienes posibilidades!

BOB.– ¡A la basura!

ABELARD.– *(Frente a frente.)* ¡Te aplastaré como a una pulga!

BOB.– *(Rabia contenida. Un momento. Agarrando el cartel enrollado.)* ¡Esta fiesta es una celebración!

ABELARD.– *(Subiendo a la escalera.)* ¡Cuánta sabiduría!

BOB.– *(Pasándole el cartel.)* La celebración de un ascenso y una caída.

ABELARD.– ¡Mequetrefe!

BOB.– ¡Veremos quién es realmente importante!

ABELARD.– ¡Lo veremos! *(*ABELARD *coloca el cartel y lo desenrolla. Lee.)* «FELIZ FIESTA DE CIERRE DE EMPRESA».

EMPLEO JUVENIL

Yolanda García Serrano

Una joven de 18 años está sentada frente a una mujer que aún no ha cumplido los 50. La joven parece nerviosa; la mayor, disfruta.

JEFA.– Nombre.
SERENA.– Serena Herrán.
JEFA.– ¿Tienes madre?
SERENA.– Sí, señora.
JEFA.– Y tendrá apellido, supongo.
SERENA.– Lo tiene ahí.
JEFA.– ¿Te refieres al *e-mail*?
SERENA.– Sí.
JEFA.– Y cuando te preguntan, en lugar de contestar, señalas.
SERENA.– No la entiendo.
JEFA.– Te he dicho que tu madre tendrá apellido y me has señalado el ordenador.
SERENA.– Ah, sí, perdón.
JEFA.– ¿Y qué más?
SERENA.– ¿Qué más de qué?
JEFA.– Que cómo se apellida tu madre.
SERENA.– Martín.
JEFA.– O sea que Martín es el apellido de tu madre.
SERENA.– Sí, es lo que he dicho.
JEFA.– Sí, señora.
SERENA.– ¿Cómo?
JEFA.– ¿Nos hemos dejado la educación en la puerta?
SERENA.– Sí, señora. Digo... no, señora. O sea, Martín es el apellido de mi madre.

JEFA.– Entonces tu nombre completo es...
SERENA.– Serena Herrán Martín.
JEFA.– ¿Has traído el currículo?
SERENA.– Lo envié por correo electrónico...
JEFA.– Tú y quinientas más.
SERENA.– Como decía que se adjuntara, pensé que...
JEFA.– Decía que se adjuntara, pero no decía: «Y no lo lleves a la entrevista en caso de que te llamen».
SERENA.– Lo puedo enviar otra vez en cuanto llegue a casa.
JEFA.– O sea que no lo has traído.
SERENA.– No, señora.
JEFA.– Que lo envíes cuando llegues a tu casa no me sirve de nada.
SERENA.– Entonces, ¿qué hacemos?
JEFA.– Pues tú me dirás.
SERENA.– Yo solo puedo decirle que no he traído el currículo y que si quiere se lo envío de nuevo. No puedo hacer más.
JEFA.– ¿No te parece que eres muy impertinente?
SERENA.– No.
JEFA.– ¿Cómo has dicho?
SERENA.– No, señora.
JEFA.– A mí me parece que sí.
SERENA.– Es que no sé qué hacer con lo del currículo. ¿Me voy, me quedo? ¿Seguimos la entrevista, la acabamos? ¿Qué hago?
JEFA.– ¿Qué haces?
SERENA.– Sí. Dígamelo usted.
JEFA.– Yo estoy en mi puesto de trabajo y tengo todo lo que necesito. Eres tú quien ha venido sin currículo a una entrevista.
SERENA.– *(Levantándose.)* Me marcho entonces...
JEFA.– ¡Siéntate!
SERENA.– Como he olvidado el currículo...
JEFA.– ¿Experiencia?

SERENA.– Acabo de cumplir dieciocho y...

JEFA.– Te pregunto por la experiencia. Cuando te pregunte la edad, respondes «dieciocho». A la experiencia no se responde «dieciocho». ¿Te ha quedado claro?

SERENA.– Sí, señora.

JEFA.– Experiencia.

SERENA.– Voy a entrar en la universidad en septiembre. Me he matriculado en Derecho y...

JEFA.– Entonces en experiencia pongo que vas a entrar en la universidad. ¿Te parece un buen dato para un contrato laboral: «Experiencia: va a entrar en la universidad»?

SERENA.– Supongo que no.

JEFA.– Y si lo supones, ¿por qué no te esfuerzas en contestar a lo que se te pregunta?

SERENA.– Serán los nervios. ¿Qué me ha preguntado?

JEFA.– Experiencia.

SERENA.– Solo he trabajado algunos veranos, si se refiere a eso.

JEFA.– Me refiero a eso, a la experiencia laboral.

SERENA.– He cuidado niños y he dado publicidad por la calle. En hostelería, experiencia cero. Pero aprendo rápido.

JEFA.– Eso será si te contrato.

SERENA.– Claro. Si me contrata. Total, para colocar los platos en el lavavajillas...

JEFA.– ¿Qué?

SERENA.– Que tampoco será tan difícil.

JEFA.– ¿Lo haces en tu casa?

SERENA.– Ni de coña.

JEFA.– ¿Perdón?

SERENA.– Ni de coña, señora.

JEFA.– Bonita respuesta. Y muy educada.

SERENA.– Perdón. No he puesto nunca el lavavajillas.

JEFA.– ¿Por qué?
SERENA.– Porque nunca me lo han pedido.
JEFA.– Entonces no sabes ponerlo.
SERENA.– Ni idea. Como no me lo han pedido...
JEFA.– Me estás diciendo que la culpa de que no sepas la tienen en tu casa.
SERENA.– Yo solo digo que nunca he puesto el lavavajillas, pero si lo pone mi padre, muy difícil no será.
JEFA.– ¿Estás llamando tonto a tu padre?
SERENA.– No.
JEFA.– ¿Cómo?
SERENA.– No, señora. Para nada.
JEFA.– ¿Entonces a qué ha venido esa respuesta?
SERENA.– A que mi padre es un hombre muy inteligente, muy brillante, pero las máquinas se le dan fatal. Es pintor... de retratos.
JEFA.– Esa respuesta está mejor.
SERENA.– Siempre se atasca con los aparatos. Pero el lavavajillas sí sabe ponerlo. Le costó, pero sabe.
JEFA.– En cambio, tú, no.
SERENA.– No me lo pidió nadie.
JEFA.– Podías haberlo puesto sin que te lo pidieran.
SERENA.– Podía, pero el caso es que no lo he hecho. Odio las labores del hogar.
JEFA.– Ah, muy bonito.
SERENA.– Si quiere, miento, pero es así.
JEFA.– Y ahora dime... ¿por qué tengo que contratarte a ti y no a las otras quinientas jóvenes que también han enviado el currículo?
SERENA.– ¿Porque soy tu hija?

(Se produce un silencio tenso, roto por la voz de la MADRE/jefa.*)*

MADRE.– ¿Te parece suficiente motivo?
SERENA.– Tienes un restaurante, yo necesito ganar unos euros, y tú, una esclava para fregar platos.
MADRE.– Y se supone que esta entrevista es para que aprendas a hacerlas en el futuro. Practicar para cuando vayas a una de verdad.
SERENA ¿Esta no es de verdad?
MADRE.– Lo es, pero juegas con la ventaja de nuestro parentesco. Tienes que aprender a ser más concreta y menos impertinente.
SERENA.– Es muy difícil aprender cuando el entrevistador solo se concentra en machacar.
MADRE.– ¡Qué sabrás tú lo que es machacar!
SERENA.– Acabo de vivirlo.
MADRE.– ¿Por qué? ¿Porque pretendo que lo hagas bien?
SERENA.– Hay métodos más eficaces. La amabilidad, por ejemplo.
MADRE.– Muy exquisita eres tú. ¿No te das cuenta de que yo solo quiero ayudarte a mejorar?
SERENA.– Ya, y de paso humillarme antes de darme el trabajo.
MADRE.– No lo tengas tan claro.
SERENA.– ¿Me vas a contratar o no?
MADRE.– Si no te conociera, desde luego que no. No has atinado ni con una respuesta.
SERENA.– A lo mejor eres tú la que no ha atinado con las preguntas.
MADRE.– ¿Te vas a poner borde? Te recuerdo que eres tú la que necesita el dinero para sacarse el carnet.
SERENA.– Sí, pero estoy pensando que total para qué, si no voy a tener coche y tú no me vas a dejar el tuyo. Porque no me vas a dejar el tuyo, ¿verdad?
MADRE.– No, claro que no.
SERENA.– ¿Todo esto es porque no he puesto nunca el lavavajillas?
MADRE.– Y porque te pasas el día colgada del ordenador y el móvil.
SERENA.– Entonces, paso.

MADRE.– ¿Pasas de qué, de la entrevista, del trabajo...?
SERENA.– De ti.
MADRE.– De mí no puedes pasar.
SERENA.– ¿Quién ha dicho eso?
MADRE.– Yo, que soy tu madre.
SERENA.– Pues fíjate que paso. Hablaré con papá y, si decido sacarme el carnet, le diré que me preste él el dinero.
MADRE.– Y yo le diré que no lo haga.
SERENA.– Es que en mí puedes mandar, pero en él no.
MADRE.– ¿Quieres el trabajo o qué?
SERENA.– Más que quererlo, es que lo necesito.
MADRE.– Si quieres dinero, gánalo. Si quieres respeto, gánalo. Si quieres unos padres generosos, gánatelos.

*(*SERENA *se levanta y habla de manera muy contundente.)*

SERENA.– Vale que no he puesto el lavavajillas en mi vida, pero te he hecho la página web del restaurante, lo he puesto en la lista de más recomendados en la red, he mantenido al día Instagram, Twitter, Facebook, he hecho un blog que actualizo cada semana y prácticamente todas las redes sociales se hacen eco de El Gurmé. ¿Sabes hacer alguna de esas cosas? No. ¿Me meto contigo por ello? No. Pues a ver si haces el favor de tratarme como me merezco y dejar de darme la coña. ¿Y ahora qué? ¿Me das el trabajo de lavaplatos de una puñetera vez o te parece que no valgo para nada?

(La MADRE *se ha quedado tan cortada que no puede responder.)*

SERENA.– Pues eso.

RAYMI Y LILI
O EL MISTERIO DE LA CREACIÓN

Miguel Ángel Jiménez Aguilar

Raymi *es un adolescente cargado de energía, de una fuerza nuclear cuyos protones provocan una interacción gravitacional que rompen su equilibrio interior y exterior. Tan solo existe una acción generadora en el cosmos que lo pueda devolver a su centro: la lectura. Por eso no puede estar sino sentado en un banco del parque, leyendo con avidez a Swift. En estos momentos, el mundo no existe más allá de Swift, al menos más allá de la isla flotante de Laputa, que sobrevuela gracias a un potente campo magnético que ejerce una atracción similar a la que el libro ahora sobre él. Sorprendentemente, a su vera,* Lili *estudia astrofísica. No por casualidad, sino porque así lo ha querido Dios. Dios o cualquier otra materia explosiva y expansible. Porque* Lili *está muy cerca de las estrellas, aunque sus ojos queden muy próximos a la Tierra. De hecho, su cuerpo nació en Lilliput, el país de los diminutos seres, pero su corazón creció en Brobdingnag, la región de los gigantes civilizados. Y justo en la débil frontera que separa sus almas, una paloma descansa sobre el hombro de* Raymi. Lili *oye cómo arrulla la paloma, vuela hacia ella con la mirada y habla en dirección a* Raymi.

LILI.– Hola, Sofía. ¿Te encuentras hoy mejor?
RAYMI.– Perdona, ¿me hablas a mí?
LILI.– A la paloma. Se llama Sofía.
RAYMI.– ¿Qué paloma?

LILI.– La que anida en tu hombro. Confía en ti.
RAYMI.– ¿La conoces?
LILI.– Somos amigas. La pobre está coja.
RAYMI.– ¿Cómo sabes que es ella? No está de pie.
LILI.– Por su mirada de miel. Es la más pequeña de todas. Y la más despierta. Toma. Dale de comer. Te lo agradecerá.

*(*Lili *le da alpiste a* Raymi *y este le da de comer a Sofía. La paloma picotea. Luego hace caca.)*

RAYMI.– ¡Ahí va! ¡Que se me está cagando encima! ¿Así es como lo agradece? *(*Lili *ríe feliz.)* ¡Muy graciosa! Tú ríete, pero me está poniendo perdido.
LILI.– Es Sofía, ya te lo advertí. Siempre es así. Y cuanto más le des de comer...
RAYMI.– Entonces se acabó.

*(*Raymi *retira la comida de su pico y se la da al resto de palomas. Sofía vacila, se siente perpleja.)*

LILI.– Sofía es muy noble.

(La paloma empieza a picotear la oreja de Raymi. Lili *vuelve a reír.)*

RAYMI.– ¡Ah, mi oreja! ¿Es este tu concepto de nobleza?
LILI.– Sofía se ha encariñado contigo.
RAYMI.– Di más bien que me quiere comer.
LILI.– Es lo que tiene el cariño. ¡Vamos, Sofía, no seas pesada!

(La paloma bate las alas, se acomoda y se echa a dormir.)

RAYMI.– Gracias. No quería asustarla, aunque creí que me quedaba sin oreja.

LILI.– ¡Pobre! Dejarías de oírme. Y no me gustaría.

RAYMI.– Se han comido ya todo el alpiste. No se cansan estas palomas, ¿verdad?

LILI.– Están vivas. Y tienen que crecer.

RAYMI.– ¿Todas son crías?

LILI.– Si las miras a los ojos, las reconocerás. Las adultas tienen los ojos rojos.

RAYMI.– ¿Rojos? Igual que mis padres. *(*Lili *vuelve a reír.)* Te lo juro. Últimamente, siempre.

LILI.– ¿Te regañan mucho?

RAYMI.– Ellos deben de creer que no. Pero no se cansan. Por esto y por lo otro, por lo que hago y por lo que dejo de hacer... A estas alturas, he perdido la esperanza.

LILI.– Pues a mí nunca me dicen nada. Los míos son muy blanditos, unos críos. De hecho, cuando quiero salirme con la mía, solo tengo que ponerme a llorar. Enseguida hacen o me dan todo lo que quiero. ¡Es tan fácil!

RAYMI.– Será para ti. Para mí es imposible. Si yo me echo a llorar, me caen dos o tres coscorrones. *(*Lili *vuelve a reír.)* Una vez lloré porque mis padres se separaron. Multiplica por dos los coscorrones. Luego fueron ellos los que me vinieron llorando, pero a ver quién les devolvía los golpes. En otra ocasión lloré porque mi padre mató a Luca, un perro que teníamos, y me dijo que yo ya no era un niño para ponerme a llorar. Luego mi madre me usó como testigo contra mi padre. Ahí dejaron de darme coscorrones, pues se ve que había crecido y que mis ojos quedaban más cerca de los suyos. Pero el dolor fue el mismo. Y lloré una tercera vez, cuando entendí

que Luca no volvería; que mi familia nunca más sería la que era; y que, por más que yo quisiera, la vida no tenía vuelta atrás. Entonces fue cuando me dio el primer ataque.

LILI.– Te pilló grande, al menos.

RAYMI.– Grande porque tuve que crecer. ¡Qué remedio!

LILI.– Esa fue tu suerte.

RAYMI.– ¡Qué le iba a hacer! Era eso o acabar lleno de chichones. *(*Lili *vuelve a reír.)* Pero afortunadamente abrí aquel libro. Y entonces me relajé.

LILI.– ¿Te gusta leer?

RAYMI.– Si no leo, no puedo dormir. Es lo único que me tranquiliza.

LILI.– ¿Eres nervioso?

RAYMI.– Compulsivo. Un día llegué a leer doce libros.

LILI.– ¡Doce!

RAYMI.– Más que mi padre en toda su vida. Un cumpleaños me gasté todo el dinero en libros. Cuando llegué a casa y los coloqué en la estantería, me cayó la balda encima. *(*Lili *vuelve a reír.)* Y con la balda, una buena bronca.

LILI.– ¡Por leer!

RAYMI.– Por lo que sea. Mi madre dice que está harta. Y mi padre ni siquiera ha visto las pastillas. Figúrate. ¿A ti te gusta leer? *(*Lili *hace un gesto raro.)* Porque no habrás leído *El principito*. Es mi libro favorito. Hasta ahora.

LILI.– El mío es *Historia del tiempo*.

RAYMI.– Creí que me ibas a decir un cuento para niños. No me gustan. Son un engañabobos.

LILI.– No creas. Son muy bonitos y dan mucho que pensar. Porque no habrás leído a Wilde.

RAYMI.– Puede ser. Me lo anoto. Solo leo los libros con los que sé que voy a crecer.

LILI.– Entonces leerás de todo. Para crecer, lo único que hace falta es querer crecer y, luego, creer que se puede crecer. Y, para creerlo, tienes que estirarte todo lo que puedas hasta lograr alcanzar la Luna. Aunque te duelan los huesos. Tú, que has podido cambiar, sabrás que los dolores también cambian. A mí siempre me está doliendo algo, aunque distinto cada vez. Y eso me anima, saber que lo que me duele un día probablemente no me dolerá al día siguiente.

RAYMI.– Eres muy joven, por eso lo dices. Aún guardas la esperanza de que tu corazón se haga inmune al dolor.

LILI.– Me conformo con que se vuelva insensible. ¿Qué edad me echas?

RAYMI.– No sé, dímela tú.

LILI.– A la que creas súmale doce.

RAYMI.– ¿Doce?

LILI.– ¿No te habías dado cuenta? Soy..., digamos..., diferente a todos.

RAYMI.– Eso sí. Eres especial.

*(*Lili *vuelve a reír. Empieza a ver a* Raymi *con ojos de paloma.)*

LILI.– ¿Sabes? Dicen que todos tenemos un reloj biológico metido dentro. Y que el mío va muy deprisa.

RAYMI.– Pues el mío sí que debe de ir acelerado.

LILI.– Por eso mi corazón late muy rápido también. Y por eso también me enamoro enseguida.

RAYMI.– ¿Que te enamoras...?

*(*Raymi *ríe por primera vez.)*

LILI.– Sí.

RAYMI.– ¿Y enseguida?

LILI.– Sí. *(*Raymi *deja de reír. Echa mano a su bolsillo. No halla las pastillas.)* Raymi, yo... no sé cómo decírtelo..., pero creo que...

*(*Raymi *termina de estresarse y corre a hablar a la velocidad del rayo.)*

RAYMI.– Debo volver a la lectura inmediatamente.

*(*Raymi *se sumerge profundamente en el libro.* Lili *suspira. Mira a Sofía. La paloma despierta, despliega las alas y emprende el vuelo, completamente sana.* Lili *le pone a* Raymi *una mano pudorosa sobre la pierna.)*

LILI.– ¿Sabes qué? No me has dicho siquiera tu nombre.

*(*Raymi *levanta la cabeza y mira a* Lili *al fin con los ojos de Sofía.)*

RAYMI.– Raymi.

LILI.– Yo Lili. Me gustas, Raymi. No desesperes. Tus refugios son seguros.

(Ambos se sonríen. Las palomas revolotean alrededor. Se diría que ellos dos también surcan el cielo. El libro, abierto sobre el regazo de Raymi*, emprende también el vuelo con sus alas de pa-*

pel. Y las nubes forman una vaporosa pregunta: «¿El amor puede irrumpir de forma tan imprevista como una estrella fugaz?». Leyes de la astrofísica, viajes de la imaginación... El cuerpo y la energía se dan la mano para unir sus fuerzas y fundirse en un abrazo apasionado. Es el misterio de la creación. RAYMI *y* LILI *lo saben ahora perfectamente. Y Sofía, la primera en advertirlo, vuela en estos momentos, como siempre, rumbo a cualquier parte del universo, con el mensaje de esos dos adolescentes que un día volvieron a recuperar la esperanza, tras reconocerse en la grandeza de su corazón y en la paz de su espíritu. Libres al fin de toda frontera. Mágicamente libres.)*

EL PARTIDO DEL SIGLO

Miguel Murillo Gómez

SAMIR, *un joven sirio de quince años, en escena con un balón de fútbol deteriorado y una camiseta del F. C. Barcelona con el número 10 de Messi. Retira del suelo alguna piedra y maderas rotas.*

Llega HUDA, *una chica de su edad.* HUDA *se agacha observando a* SAMIR.

SAMIR.– *(Tras un rato sintiéndose observado.)* Hoy es el partido del siglo... Y las chicas no juegan.

HUDA.– ¿Por qué?

SAMIR.– Porque lo digo yo, y la pelota es mía.

HUDA.– ¿Piensas jugar solo? Porque no veo a nadie.

SAMIR.– Es por la alarma. Pero vendrán.

HUDA.– ¿Quiénes vendrán?

SAMIR.– Todos.

(Suena una sirena que anuncia un ataque aéreo. HUDA *se arrima a* SAMIR.*)*

SAMIR.– *(Tranquilizándola.)* No pasa nada. Están bombardeando Jabal Badro, y ese barrio está muy lejos...

HUDA.– ¿No tienes miedo?

SAMIR.– ¿Yo? ¿Acaso Messi tiene miedo de algo? ¿Ves como no sirves para jugar al fútbol? A la primera explosión te pones a temblar...

(Llega HALD, *otra chica de quince años, cubierta por el velo y portando un bidón.)*

HALD.– ¿Estáis locos? Están bombardeando.
SAMIR.– Mira quién habla... ¿Y tú qué haces en la calle?
HALD.– Fui a buscar agua y me he refugiado en un portal.
SAMIR.– *(A* HUDA.*)* Mira, Huda, ya tenemos agua para el partido.

(Llega ALI, *que viste una camiseta con el dorsal número 7 de Cristiano, del Madrid. Trae una venda en la cabeza.)*

HUDA.– *(A* ALI.*)* Hola, Ali... ¿Y tu hermana?
ALI.– No puede venir.
HUDA.– ¿Por qué?
ALI.– Porque no.
SAMIR.– Eso está bien..., las chicas no van a jugar el partido del siglo.
ALI.– Ni ningún partido. Los hombres que llegaron al barrio dicen que las chicas no pueden... *(Mira a* HUDA.*)* ¿Por qué no llevas el velo?
HUDA.– Porque no me da la gana. Además, no se puede jugar al fútbol con velo.
HALD.– Ni con esa venda en la cabeza, Ali... *(A* HUDA.*)* Tiene razón, deberías cubrirte con el velo. Mi padre me obligó antes de salir... Esos hombres están por todas partes, y si ven a una chica, le mandan acercarse para ver si va vestida como ellos ordenan...
HUDA.– ¿No decís que parezco un chico? ¿Que juego al fútbol mejor que un chico y por eso Samir no quiere que juegue?

SAMIR.– Como se te ocurra jugar, me llevo la pelota y voy a esos hombres y les digo que no eres un chico y no quieres llevar velo...

(Una explosión sacude la escena. Las dos chicas se abrazan. ALI *se cubre la cabeza con los brazos.* SAMIR *permanece de pie. Una nube de polvo casi les oculta. Entre el polvo aparece* AHMAD*, un chico algo más pequeño.)*

AHMAD.– *(Imita a un locutor.)* ¡Señoras y señores, los dos equipos están a punto de saltar al terreno de juego! ¡Hoy se disputa el partido del siglo! *(Se calla, mira a sus compañeros.)* ¿Y el partido del siglo? No veo a los jugadores... ni al árbitro...

SAMIR.– Ya vendrán...

AHMAD.– Ah. ¡Qué susto! Llevo ensayando en mi casa dos días... Con un micrófono de mi hermano... Mi padre me arrojó una tetera porque estaba harto de mis gritos..., y porque es del Barça y yo no lo soy... Un locutor no es de ningún equipo y de todos. *(Grita.)* ¡¡¡¡Goooollll!!!! ¡Gooooooooollll! *(A todos.)* ¿Qué? ¿Cómo me sale?

ALI.– No vendrá nadie. *(A* SAMIR*.)* Si tú quieres, podemos jugar entre nosotros... Yo y Ahmad contra ti y Huda.

HALD.– ¿Y yo?

SAMIR.– Tú nos das agua en el descanso.

ALI.– ¿Quieres que te vean jugar y te detengan?

HALD.– No es justo. Ella... *(Señala a* HUDA*.)* también es una chica y sin embargo...

ALI.– Sí, es una chica, pero no tiene... *(Se señala el pecho.)* No se nota que...

HUDA.– *(A* Ali.*)* ¿Quieres decir que...? Muy bonito... Porque juegue bien al fútbol y no lleve velo, no soy una chica como Hald... ¿Pero de qué planeta eres? Hablas como mi abuelo... O como esos hombres que llegaron a Alepo...

AHMAD.– Me parece una idea estupenda, Ali... Lo mío es el micrófono, pero puedo hacer un esfuerzo. Jugamos entre nosotros.

SAMIR.– Vaya mierda de partido del siglo. ¿Y para esto he estado dos horas escondido en el garaje de Mohamed esperando a inflar el balón, y le he pedido la camiseta a mi primo? Bueno..., se la he cogido prestada... ¡Vamos a jugar el partido del siglo, seguro! Y van a venir todos... Ya veréis...

ALI.– No van a venir.

SAMIR.– ¿Por qué?

ALI.– Porque... Porque no van a venir.

HUDA.– Siempre igual, Ali... ¿Por qué no van a venir como otros días? Tardan, sí, pero porque estarán haciendo cosas...

ALI.– ¿Qué cosas? ¿Es que en esta ciudad se puede hacer algo que no sea correr y esconderse? *(Se señala la cabeza.)* El último partido me lo perdí... Todos sabéis por qué... Y ahora mi familia, sin casa, está desperdigada por el barrio, y no hacen nada... Se esconden en casa de alguno y hablan hasta que amanece...

HALD.– Todos hablan a escondidas... Mi padre... *(Baja la voz.)* ya tiene apalabrada una furgoneta... Nos iremos a Europa.

SAMIR.– ¿Estás loca? Esas cosas no se pueden decir... Mi padre dice que estamos como estamos por castigo de Dios... Porque no seguimos los preceptos como Dios manda...

HUDA.– ¿Castigo de Dios? ¿Va Dios montado en esos aviones dejando caer bombas sobre nosotros?

SAMIR.– No entiendes nada. Y estás blasfemando, Huda.

HUDA.– ¡Claro que entiendo! ¿Por qué antes no caían bombas...? Nosotros, mi familia, mis vecinos, éramos como somos ahora... Cumplíamos los preceptos... Antes no nos castigaba Dios y ahora sí nos castiga... No tiene sentido.

HALD.– Será mejor que me vaya a casa. Mi madre tiene que cocer la comida y no tiene agua.

ALI.– Dichosos vosotros que tenéis algo que cocer.

HUDA.– *(Consuela a* ALI.*)* Pobre Ali... ¡Anda que no se cumplían los preceptos en tu casa...! ¡La familia más buena del barrio! Pero llega Dios y os castiga... Y casi te cuesta la vida... *(A* HALD.*)* Cuando cayó la pared de la casa, vio que su abuelo estaba atrapado por las piernas y tiró de él...

ALI.– Y se me vino un trozo de la puerta.

AHMAD.– *(Animoso.)* ¡Vamos, vamos, chicos...! ¡Señoras y señores, el partido del... *(Piensa.)* día... va a comenzar! ¡La emoción se palpa entre el público... y los jugadores! No pestañeen porque ustedes se lo pierden... *(A los demás.)* Esto lo dice un locutor del canal cuatro que es un crac...

SAMIR.– Yo esperaría un poco más... Es que cuatro jugadores... para un balón como este...

ALI.– No vendrá nadie más.

HUDA.– Sería un partidillo de calentamiento.

HALD.– *(A* SAMIR.*)* Y cuatro beben menos agua que veintidós...

SAMIR.– *(A* ALI.*)* ¿Por qué no van a venir? ¿Por qué se van a perder el partido del siglo, Khaled, Mazer, Samer o Ali el Rubio? ¿Por qué mis amigos no van a venir a jugar este partido conmigo?

ALI.– *(Como un disparo a bocajarro.)* Porque están muertos, Samir... ¿O no quieres creértelo aún?

SAMIR.– *(Grito desgarrador.)* ¡¡¡No!!! *(Se tapa los oídos con las manos.)* ¡¡¡No!!! Deja de decir esas cosas.

ALI.– ¿Acaso lo has olvidado?

HUDA.– *(A* Ali.*)* Eres un animal, Ali... Un perfecto animal.

*(*Samir *se arroja sobre* Ali *y le golpea. Los dos chicos se enzarzan en una pelea.* Ahmad *y las chicas se interponen.)*

HALD.– ¡Basta ya! No puedo soportarlo... No puedo ver estas cosas... Esos hombres se golpeaban igual... ¡Basta!

*(*Ahmad *consigue separar a* Samir *y* Ali.*)*

AHMAD.– Ya está bien. Y tú, Ali..., ¿no habíamos quedado en no volver a hablar nunca más de esto?

SAMIR.– Ellos no están muertos. Me dijeron que vendrían al partido del siglo y vendrán.

HUDA.– *(A* Samir.*)* Claro que vendrán... Y será un partido impresionante... Vendrá Mazer, y Khaled..., *(Señala a* Hald.*)* que tanto te gusta.

HALD.– *(Se ruboriza.)* Eres boba.

HUDA.– Y vendrá el público. Y este llano se llenará de gente... Y Ahmad estará con su micrófono...

AHMAD.– ¡¡¡Goooool!!!

HUDA.– Pero ahora podíamos jugar el partido del día..., ¿no os parece?

ALI.– Por mí...

SAMIR.– Bueno, pero solo un rato...

HALD.– Un rato... Yo os doy agua y me vuelvo a casa...

(Los chicos se sitúan como si fuera a iniciarse un partido de fútbol. AHMAD *da saltitos de calentamiento y narra.)*

AHMAD.– Todo está a punto, señoras y señores... A punto de comenzar el partido del... día... Dentro de un instante sonará el silbato del colegiado... ¡Escuchen!

(Silencio. Una explosión barre la escena. Los chicos desaparecen y sobre el terreno solo queda una sombra entre el polvo y un balón de fútbol reventado.)

DIECISÉIS AÑOS

David Salmerón

Personajes: HOMBRE
VOZ
OTRA VOZ
AMANDA

Noche cerrada. Un callejón oscuro. Una farola de luz tenue en el centro de la escena.

Entra un HOMBRE *trajeado, con un móvil en una mano y una bolsa de deporte en la otra. Avanza dubitativo hacia la farola, pero se detiene a cierta distancia. Espera ansioso. Suena el móvil. El* HOMBRE *descuelga con rapidez.*

HOMBRE.– ¡Sí! Dígame. Soy yo.

(Oímos fuera de escena la VOZ *de su interlocutor.)*

VOZ.– ¿Está junto a la farola?
HOMBRE.– Sí, sí, aquí estoy.
VOZ.– ¿Trae la bolsa?
HOMBRE.– Aquí la tengo.
VOZ.– Perfecto. No le habrá seguido nadie, ¿verdad? ¿La policía?
HOMBRE.– No. Nadie.
VOZ.– No queremos ninguna tontería.
HOMBRE.– Vengo solo, de verdad.
VOZ.– Bien. Acérquese a la farola. Despacio.

HOMBRE.– Vale.

VOZ.– Más despacio. *(El* HOMBRE *obedece.)* Ahora más rápido. *(El* HOMBRE *se detiene sorprendido. Luego acelera sus pasos. La* VOZ *parece divertirse.)* Espere, ahora... de puntillas.

OTRA VOZ.– *(En segundo plano.)* ¿Quieres ir al grano? ¡Siempre igual!

VOZ.– *(Recuperando la seriedad, carraspea.)* Eh..., bien, bien, de acuerdo. Párese ahí. Deje la bolsa junto a la farola. Perfecto. Ahora márchese y ya le llamaremos cuando...

HOMBRE.– ¿No me va a dejar hablar con ella?

VOZ.– ¿Con quién?

HOMBRE.– ¿Con quién va a ser? Con mi hija.

VOZ.– ¿Y eso por qué?

HOMBRE.– ¿No la tienen ustedes?

VOZ.– ¿Qué? Pues claro. Claro que la tenemos.

HOMBRE.– Pues pásemela... que hable con ella.

VOZ.– Pero, bueno, ¿se cree que esto es un locutorio? ¡Que esto es un secuestro, hombre!

HOMBRE.– Por eso. En todos los secuestros se puede hablar con el secuestrado. ¿No lo ha visto en las películas?

(Pausa.)

VOZ.– A ver, espere un momento. *(A la* OTRA VOZ.*)* Que quiere hablar con la hija. *(No oímos la respuesta.)* Yo qué sé. Habla tú con él.

(Ruido de interferencias mientras le pasa el auricular.)

OTRA VOZ.– ¿Sí?

HOMBRE.– Eh..., hola, buenas noches.
OTRA VOZ.– Buenas noches.
HOMBRE.– Mire, era por lo de hablar con mi hija, con la que han secuestrado...
OTRA VOZ.– Sí.
HOMBRE.– Pues eso, que es la costumbre, ¿no? Para, no sé, saber que está bien y eso, que sigue viva.
OTRA VOZ.– ¡Pues claro que sigue viva!
HOMBRE.– Ya, ya, seguro que sí. Pero ya le digo: es la costumbre. *(Pausa.)* Además, es hasta mejor para ustedes: ella llora y yo me conmuevo más, y me doy más prisa en traer el rescate.
OTRA VOZ.– Pero ya ha traído el rescate, ¿no?
HOMBRE.– *(Subiendo el tono.)* ¡Que tengo que decirle una cosa, joder!
OTRA VOZ.– ¡Vale, vale, no grite! Ahora la traigo. *(Al primer secuestrador.)* Ponte tú, que voy a buscarla. *(Al* HOMBRE.*)* Ya vuelvo, ¿eh?
HOMBRE.– Venga.

(Nuevo ruido del teléfono al cambiar de manos. Un silencio incómodo.)

VOZ.– *(Dubitativo.)* En fin, pues..., pues corre fresco esta noche, ¿eh?
HOMBRE.– Sí, se nota que los días se van acortando.
VOZ.– Va a haber que sacar ya los abrigos. Ah, mira, aquí viene. *(Endurece la voz.)* ¡Niña, tu padre, cuidado con lo que dices!

(De nuevo el teléfono cambia de manos.)

AMANDA.– ¡Papá!

HOMBRE.– ¡Amanda! ¿Estás bien?

AMANDA.– ¡Sí, escucha, papá, es muy importante!

HOMBRE.– Dime, dime. Ay, siempre con las ansias, hija.

AMANDA.– ¡Estos tíos me han quitado el móvil!

HOMBRE.– Ya, es lo normal, tú tranquila, si es que un secuestro es lo que...

AMANDA.– *(Cortándole.)* Ya, ya, ya lo sé. Pero, mira, es que había quedado con Mamen esta noche para ir a una cosa con Rafa y esos.

HOMBRE.– ¿Qué Rafa? El Rafa ese de siempre, ¿no? ¿Otra vez?

AMANDA.– ¡Pues sí, Rafa! ¿Qué pasa? ¡Atiende, que le digas a Mamen que...!

*(*Amanda *da un chillido de sorpresa cuando le quitan el móvil. Se pone el segundo secuestrador.)*

OTRA VOZ.– ¡Oiga! Se acabó ya. Tonterías no, que esta llamada la estoy pagando yo.

AMANDA.– *(En segundo plano.)* ¡No son tonterías! ¡Que hay una guarra que va detrás de Rafa y no me da la gana!

HOMBRE.– *(Al secuestrador.)* Espere, espere, un momento nada más. Es una cosa que le tengo que decir a mi hija.

OTRA VOZ.– Pero vamos a ver, buen hombre: dentro de un rato, cuando contemos el dinero, la soltamos y ya ustedes hablan lo que tengan que hablar.

HOMBRE.– No, es que luego ya no... A ver, es que es una cosa que no puede esperar. Por favor, es una chispa, se lo prometo. *(Pausa.)* Mire, si quiere le devuelvo yo la llamada y así usted no gasta.

OTRA VOZ.– *(Resignado.)* Venga, vale, hable. Un minuto, ¿eh?

HOMBRE.– Gracias, gracias, de verdad.

(El teléfono vuelve a cambiar de manos.)

AMANDA.– ¡La virgen, qué tíos! Papá, mira, que llames a Mamen y le digas...

HOMBRE.– Sí, sí. Pero escucha, hija, escucha, por favor. *(Pausa.)* ¿Me estás escuchando? Mira: mamá y yo te hemos metido en la bolsa unas cosillas. Ropa y eso, ¿vale? La cazadora también, por si sales. Ah, y tu neceser con el cepillo de dientes y el maquillaje.

AMANDA.– ¿Cómo?

HOMBRE.– La plancha del pelo ya no nos ha cabido. Pero, de todas maneras, hemos pensado que igual no te hace falta.

AMANDA.– ¿Pero qué dices, papá?

HOMBRE.– Pues eso, que igual..., en fin, que lo mismo estos señores se enfadan y..., y la toman contigo y entonces, ya ves, ni plancha ni cazadora ni nada te va a hacer falta. *(Suelta una risa nerviosa.)* Pero, bueno, que si acaso ya más adelante te podemos ir trayendo más cosas.

(El secuestrador vuelve a quitarle el teléfono a Amanda.*)*

OTRA VOZ.– *(Receloso.)* A ver, a ver..., ¿qué es lo que está diciendo? ¿Qué es eso de la ropa y la cazadora y la plancha?

HOMBRE.– Sí, mire: que en la bolsa hemos metido cosas para Amanda...

OTRA VOZ.– Un momento. ¿«En la bolsa», dice?

HOMBRE.– Sí.

OTRA VOZ.– ¿En la bolsa del dinero?
HOMBRE.– Sí.
OTRA VOZ.– ¿Y el dinero?

(El HOMBRE *se encoge de hombros.)*

OTRA VOZ.– ¿No hay dinero?
HOMBRE.– No.
OTRA VOZ.– Pero..., pero ¿está usted loco?
HOMBRE.– *(Ríe.)* No, hombre, no, qué va.
OTRA VOZ.– *(Gritando.)* ¿Se cree que estamos jugando? ¿Es eso? Porque le advierto que..., que la matamos, ¿eh? ¡Que no la vuelve a ver!
HOMBRE.– Ya, si yo suponía que igual se enfadaban ustedes, se lo estaba diciendo a mi hija.
OTRA VOZ.– *(Indignado.)* ¡Pues claro que me enfado! ¡Cómo no me voy a enfadar!
HOMBRE.– *(Conciliador.)* Lo entiendo. Entiendo que se enfaden, es verdad que, bueno..., es una jugarreta.
OTRA VOZ.– ¡Hombre! ¡Y tanto! Ya me dirá usted...
AMANDA.– *(De fondo.)* ¡Qué fuerte!
HOMBRE.– Pero es que he visto la ocasión y..., bueno, lo he hablado con su madre, ¿eh? Con la madre de Amanda. Son dieciséis años aguantándola. A la niña, quiero decir, no a la madre. Total, que cuando hemos visto que la habían secuestrado, pues hemos pensado que... ¡es que no sabe usted la tranquilidad que hay ahora en casa!
OTRA VOZ.– *(Aturdido.)* Ya.
AMANDA.– *(De fondo.)* ¡Pues yo también estoy muy a gusto sin vosotros! Así que, ¿sabéis qué? ¡Que os vayáis a la mierda!

HOMBRE.– ¿Lo ve? ¿Lo ve usted? Siempre es igual, con ella es que no se puede.

OTRA VOZ.– Claro, y por eso me echa usted el marrón, ¿verdad? Pues no hay trato: me la cargo y ya está. Por listo.

HOMBRE.– *(Indiferente.)* Usted mismo. Lo que vea. *(Pausa prolongada. Oímos conversaciones apagadas entre los secuestradores al otro lado de la línea. El* HOMBRE *espera con paciencia. En voz alta.)* ¿Oigan? Si no se les ofrece nada más, yo me tengo que ir, ¿de acuerdo? *(No hay respuesta. Suenan ruidos de golpes y discusiones apagadas.)* Bueno, para lo que sea tienen mi número, ¿vale? *(Suenan tres disparos por el móvil. El* HOMBRE *da un respingo.)* ¿Oigan? Tengan cuidado a ver si...

(Interferencias. Alguien se pone al teléfono.)

AMANDA.– ¿Papá?

HOMBRE.– *(Llevándose las manos a la cabeza.)* Madre del amor hermoso...

AMANDA.– Papá, los tíos estos se han liado aquí a tiros... ¡Y no me han dicho dónde tienen mi móvil! *(*AMANDA *sigue hablando, pero su padre deja el móvil sobre la bolsa y se aleja cariacontecido. De aquí al final seguimos escuchando a* AMANDA *a través del móvil.)* ¡Y yo tengo que hablar con Mamen! ¿Tú tienes su número? Bueno, pues vas a su casa. ¡Dios, como por culpa de la mierda de secuestro me deje Rafa, os acordáis todos de mí, os lo juro! Bueno, pues le dices a Mamen... ¿Papá? ¿Me estás escuchando? ¡Papá! ¡Papá, no me ignores! ¡Que porque yo tenga dieciséis años no tienes por qué ignorarme! ¿Te enteras?

(Telón.)

SUPERMURIENTES

Susana Sánchez

JUANJOSEJAVIERJESUSJAIME, presentador
FREDDYMÉRCURI, JÉSSICA y VÍCTOR EUGENIO, concursantes
Coro de azafatas, azafatos, colaboradores y ladillas

Supermurientes, 12 seres humanos a punto de morir
Una obviedad
Una redundancia
Una consecuencia
Una tragedia
Una putada
... y un único ganador...
¡Supermurientes!
¡El concurso que gana el que se muere antes!

Después de 90 días de concurso, nueve expulsados y tres finalistas, ¡solo puede morir uno!

Bienvenidos a la final de *¡SUPERMURIENTES!*

Tortilla Salmonela. ¡Cómetela toda entera! ¡Cómetela, cómetela, cómetela! ¡CÓMETELA!

Queridos telespectadores, bienvenidos a la final de *Supermurientes*, el concurso que gana el que se muere antes. Pero morir no es tan fácil en *Supermurientes*, por una única regla. Sirve la peste, sirve; sirve el asesinato, sirve; y si el jugador es célebre, ¡arriba los magnicidios! Un único requisito: prohibido el suicidio. El suicida queda eliminado. Ni kamikaces ni terroristas ni yihadistas ni ISIS ni listillos. Los concursantes han de conseguir morir de muer-

te natural, naturalmente lo más rápido posible, tener la fortuna de fallecer de forma accidental o que otro les mate. Pero nadie querrá matar a otro concursante, aunque se muera de ganas de hacerlo, porque entonces hace ganar al compañero y pierde el asesino, por impulsivo. Pero ¿y si al no matarlo, a pesar de morirse de ganas de hacerlo, precisamente por morirse de ganas no satisfechas, va y... ¡se muere!, ¡¡y al morir gana!!?

El concurso.

¡Gana el concurso!

Pierde la vida...

¡pero gana el concurso!

Hay quien cree que estamos de paso...

Caminante no hay camino, solo cadenas...

Canal 4

Hay quien sufre en esta y sueña con la promesa de la otra...

Canal 5

Si igual hay que morir...

mejor morir ganando...

¡este concurso!

¡Supermurientes!

Gana quien la diña.

¡Ladillas ladillas!

Y aquí tenemos a los tres finalistas. Los tres han estado a punto de morir varias veces. Pero solo puede morir uno. ¿Recordáis cuando llegaron al programa?

(Imágenes de Jéssica.)

Jéssica, lentillas de barras y estrellas, cabellera extendida rubia Shakira, carne prieta, chasis flaco y tanga juguetón. Jéssica es

todo sensibilidad, cuerpo de infarto. O eso quisiera ella para ver si le da uno cuanto antes. Estudia tanatoestética y malnutrición.

(Imágenes de Freddymércuri.)

Freddymércuri, largas uñas en la mano derecha, comidas al ras en la izquierda. Dice que así le toman por guitarrista flamenco. Ese bigotito fascistoide le queda raro a un gitano. Abandonó los estudios desde que el Estado dejó de incentivar con dinero a sus padres para que el niño cursara la Primaria.

(Imágenes de Víctor Eugenio.)

Víctor Eugenio, el *hipster* tímido que trenza su barba con el flequillo para ocultar su rostro y permanecer en el anonimato cuando salga del concurso. Si muere y gana, dona el premio a la Fundación Calvos con Canas.

Conectamos en directo con el Panteón de *Supermurientes*. Jéssica, Freddymércuri y Víctor Eugenio yacen en el suelo, inertes, desparramados, medusas secas en barro. Apreciamos su decadencia. Sucios, peludos, deshidratados. ¿Cómo os encontráis?

LOS TRES.– *(Agonizando.)* Aaah.

(Aplausos.)

Podéis sentiros orgullosos de haber llegado hasta aquí.

LOS TRES.– *(Agonizando.)* Aaah.

(Aplausos.)

Felicidades por llegar a la final. Sois unos verdaderos supermurientes.

LOS TRES.– *(Agonizando.)* Aaah.

(Aplausos.)

Igualmente. Casi casi tres cadáveres. Pero solo puede morir uno y ha llegado el momento de elegir al ganador. Os van a poner tres inyecciones. Solo una de ellas es letal. Con el veneno llegará la muerte instantánea y tendremos el ganador del concurso. Recordad que en *Supermurientes* el suicidio está rigurosamente prohibido, por lo que tendréis que clavar la aguja en uno de vuestros compañeros. Aquí tenemos las tres jeringas. Solo una contiene el veneno necesario que acabará con la vida de uno de nuestros tres concursantes. A duras penas pueden arrastrarse hasta las jeringas. Freddymércuri es el primero en hacerse con una. Jéssica coge la segunda, y por fin Víctor Eugenio, que tanto ha defraudado a sus seguidores por seguir vivo a pesar de su apariencia raquítica e insignificante. Los tres finalistas alzan su jeringa, acaso Jéssica y Freddymércuri esbozan lo que podemos suponer es una sonrisa, cercana al tan ansiado rigor mortis, mientras Víctor Eugenio bambolea levemente la trenza que nos ha impedido ver su rostro durante todo el concurso. Tres finalistas, tres jeringas, pero solo una letal. Momentos de mucha tensión. Vamos a conocer por fin, después de 90 días de vida, el ganador de esta edición.

Tortilla Salmonela. ¡Cómetela toda entera!! ¡Cómetela, cómetela, cómetela! ¡CÓMETELA!

Chicos, tenéis que clavarla en vuestro compañero... en tres, dos, uno. ¡¡¡Clavada!!! ¡Impresionante! Tanto Jéssica como

Freddymércuri han clavado sus jeringas en los muslos raquíticos de Víctor Eugenio, que permanece inmóvil, portando aún en su mano derecha la jeringa de su elección. Si alguna de esas jeringas, que cual banderillas otean clavadas en sus piernas, tuviera el veneno, Víctor Eugenio moriría en los próximos cinco segundos. Cuatro, tres, dos.

(Pausa breve.)

¡¡¡Víctor Eugenio sobrevive!!! Oooooooh, qué pena, ha estado a punto de conseguirlo, tenía un 66 % de posibilidades de morir. ¡Qué mala suerte! Llegar hasta aquí y quedar tan tan tan cerca de la muerte, para nada. Víctor Eugenio, te aseguro que es una verdadera lástima comprobar que sigues vivo. ¿Cómo te sientes?

VICTOR EUGENIO.– Aaah!

Al menos tienes la oportunidad de pasar a la historia de la televisión eligiendo tú al ganador. ¿Será Jéssica? ¿Será Freddymércuri? Sólo puede morir uno. Y tú, Víctor Eugenio, tienes que poner la inyección letal en uno de ellos.

Víctor Eugenio está haciendo un esfuerzo extraordinario para ponerse de pie. A duras penas lo consigue, mientras Jéssica y Freddymércuri se arrastran ante él suplicando morir. Adelante, Víctor Eugenio, el tiempo se acaba, tienes que elegir al ganador de *Supermurientes*. Víctor Eugenio levanta la jeringa. Mira a Jéssica. Mira a Freddymércuri. Suponemos que los mira, porque el pelo, que cubre completamente su rostro, le impide ver más allá de lo que pueda ver una afgana emburkada. Adelante, Víctor Eugenio, tienes que clavarla ya. ¡Clávala! ¡Clávala!

(El público corea: «¡Clávala! ¡Clávala! ¡Clávala!».)

Víctor Eugenio levanta aún más la jeringa. La levanta más aún. Está levantando demasiado los brazos, por encima de su cabeza..., ¡pierde el equilibrio y cae hacia atrás con gran estruendo! ¡Víctor Eugenio ha quedado completamente inmóvil!

(Breve pausa.)

No sabemos aún si Víctor Eugenio está vivo o muerto. Deseamos con todas nuestras fuerzas que haya pasado al otro mundo y no se trate de un simple desmayo... Voy a acercarme a comprobar el estado de Víctor Eugenio... Víctor, ¿estás bien? No contesta, tal vez tengamos ya el ganador...

(El presentador se acerca a Víctor Eugenio *con la intención de tomarle el pulso, pero inesperadamente éste se incorpora y le clava en el cuello la jeringa con el veneno.* Juanjosejavierjesusjaime *mira a cámara con una sonrisa quebrada.)*

Tras intentar morir de hambre, de sed, de risa, de pena, de tristeza, de aburrimiento, de rabia, de dolor, de asco, de miedo..., cosas del directo, por fin tenemos ganador de *Supermurientes...,* en cinco, cuatro, tres, dos.

*(*Juanjosejavierjesusjaime *cae muerto. Aplausos, ráfagas luminosas, acordes de metal, euforia en plató.)*

VÍCTOR EUGENIO.– *(Se arrastra hasta el micrófono, en la mano del presentador, y dice con un hilo de voz.)* Dentro vídeo.

(Vídeo con los mejores momentos de Juanjosé-javierjesusjaime en el programa. Suena In my life, *de The Beatles. El presentador a punto de morir atragantado, el presentador riendo a carcajadas hasta faltarle el aire, el presentador sangrando por la nariz tras volver del baño, el presentador pseudoestrangulado por* FREDDYMÉRCURI, *el presentador resbalando con una cáscara de plátano... y, finalmente, a cámara lenta, el presentador apenas una milésima de segundo antes de morir, cuando* VÍCTOR EUGENIO *le clava la jeringa en el cuello, e instantes después cae muerto y gana el concurso* Supermurientes. *Aplausos. Aplausos. Aplausos.)*

TAN TRISTE

Fernando Sansegundo

1

JOSE.– ¿No vas a decir nada?
ÁLEX.– Bueno..., ¿qué quieres que diga?
JOSE.– Lo que tengas que decir.
ÁLEX.– No tengo nada que decir...te.
JOSE.– ¡Vaya! *(Silencio.)* Te pasas las horas metido en ese cuarto, y luego sales con esa cara...
ÁLEX.– ¿Qué cara?
JOSE.– Esa tan triste. ¿Qué haces tanto tiempo ahí dentro?
ÁLEX.– Estudiar.
JOSE.– De eso, nada.
ÁLEX.– La verdad es que últimamente no estudio mucho.
JOSE.– ¡Lo dices tan tranquilo!
ÁLEX.– Traigo buenas notas, ¿no? A lo mejor no me hace falta estudiar mucho.
JOSE.– No te he dicho que saques malas notas.
ÁLEX.– Lo mismo es que soy un puto genio.
JOSE.– ¡A mí no me hables así!

(*Pausa*)

ÁLEX.– Vale, lo siento.
JOSE.– ¿No puedes decirme lo que haces ahí dentro?
ÁLEX.– Nada.

JOSE.– ¿Chateas? ¿Juegas?
ÁLEX.– Nada.
JOSE.– ¿Matarte a pajas?
ÁLEX.– ¿Quién se ha pasado ahora?
JOSE.– Yo. Perdóname. En serio. Pero es que últimamente te veo... triste.
ÁLEX.– No pasa nada, de verdad.
JOSE.– ¿Pero estás triste o no?
ÁLEX.– ¿Qué clase de pregunta es esa?
JOSE.– ¡Pues una pregunta; y bien sencilla!
ÁLEX.– Estoy bien.
JOSE.– No, no estás bien.
ÁLEX.– Lo que tú digas.
JOSE.– ¿Podrías mirarme cuando me hablas?
ÁLEX.– Te miro cuando me hablas.
JOSE.– No, mirarme tú... cuando hablas tú.
ÁLEX.– ¿Qué?
JOSE.– ¿Tan difícil es que me entiendas?
ÁLEX.– ¡Esto es un lío!
JOSE.– Quiero decir si no podrías, cuando dices algo tú, cuando hablas tú, mirarme en vez de evitar mirarme.
ÁLEX.– Ah, ya. No.
JOSE.– ¿No, qué?
ÁLEX.– Que me cuesta mirarte al hablar. ¿Está bien dicho así?
JOSE.– ¿Y eso por qué?
ÁLEX.– Yo que sé. Lo mismo porque no eres mi padre.

(Silencio.)

JOSE.– Eso no ha sido...

ÁLEX.– Ya, ya. Vale. Iba a decir que hicieras como si no lo hubieras oído, pero cuando me lo dicen a mí, me cabrea mucho, así que no te lo digo y en paz. *(Pausa.)* ¿Puedo irme?

JOSE.– ¿A encerrarte otra vez en tu cuarto?

ÁLEX.– No, a la calle.

JOSE.– Bueno, pues nada, vete a la calle. *(Pausa.)* Y no...

ÁLEX.– Ya: «No vengas tarde».

2

ÁLEX.– No, si no me cae ni mal, pero es un plasta.

GORKA.– Sí, sí...

ÁLEX.– Y a mi madre la quiere mucho, no te digo que no, y ella está más contenta que cuando estaba sola, y eso ya es algo. Disimulaba..., bueno, eso creía ella; se hacía la animada llevándonos a cenar a *burgers* absurdos y luego, en casa, cantaba en voz muy alta para que oyéramos lo «bien» que estaba.

GORKA.– Patético.

ÁLEX.– No, tío, es que estaba hecha polvo.

GORKA.– ¿Y ya no?

ÁLEX.– Ya casi nunca. De tarde en tarde y no mucho..., me parece. A veces discuten, claro, como todo el mundo. Mientras no sea por mí...

GORKA.– ¿Por qué va a ser por ti?

ÁLEX.– ¡Qué sé yo...!

GORKA.– Pues si está mejor, eso que salís ganando tú y tu hermana. Oye, tu hermana, de mayor, va a estar bien buena.

ÁLEX.– Deja a mi hermana en paz.

GORKA.– ¿Qué he dicho ahora?

ÁLEX.– Tonterías.
GORKA.– Y el tío ese tiene un poco de razón.
ÁLEX.– ¿Ah, sí? ¿Y en qué?
GORKA.– En eso de estar triste.
ÁLEX.– ¡No me digas!
GORKA.– El otro día decías que estabas triste y no sabías por qué.
ÁLEX.– Todo el mundo está así.
GORKA.– Ahora no te eches atrás, decías que te daba miedo estar tan triste, que a ver si se iba a tratar de una depresión de las que van en serio. Que lo mismo era eso, porque no tenías motivos de verdad.
ÁLEX.– A ti no se te puede contar nada.
GORKA.– ¿Ves como lo dijiste? «Tan triste»: eso dijiste.
ÁLEX.– ¡Que me dejes en paz!
GORKA.– ¿Y todavía no sabes los motivos?
ÁLEX.– ¡Que te calles ya, Gorka!... Oye, ¿y tú por qué te llamas Gorka? ¿Tus padres son vascos o qué?
GORKA.– Mis padres lo que son es gilipollas. De León, para más señas. De dos pueblos distintos de León.
ÁLEX.– Era curiosidad.
GORKA.– Ella es del Bierzo... Tú me estás cambiando de tema todo el rato.
ÁLEX.– Yo, qué va.
GORKA.– ¿Y sabes ya por qué? *(Pausa.)* Lo de estar tan triste. Para mí que es por no tener novia.
ÁLEX.– ¿Y Candela, qué?
GORKA.– ¿Vas a decirme que eso es una novia?
ÁLEX.– No me hacen falta novias.
GORKA.– Pues pásamela a mí, que sí que me hacen falta. ¡No me mires así, me hace falta una novia!

ÁLEX.– ¡A mi hermana, ni mentarla!
GORKA.– ¿Pero qué he dicho yo?
ÁLEX.– Tonterías, como siempre.

3

JOSE.– Noto que me está echando todo el rato. Me mira y es como si me estuviera echando. Y yo sé que no lo hace para mal, que no lo hace siquiera aposta, que es un buen chico, un chico estupendo, pero creo que no aguanta verme por ahí, junto a su madre, ocupando un lugar que cree que no me... Hay veces que pienso que me imagina... con ella, ya me entiendes.
BARMAN.– No.
JOSE.– Con su madre... en la cama.
BARMAN.– ¿En la cama?
JOSE.– Follando.
BARMAN.– ¡No seas retorcido!
JOSE.– ¿Y yo qué sé qué piensa? Mi familia era una familia normal. Mi padre era mi padre, y mi madre...
BARMAN.– Tu madre, pues era tu madre.
JOSE.– Eso.
BARMAN.– Y follando, ni los imaginabas.
JOSE.– ¡Claro que no, no jodas!
BARMAN.– Pues este, su chico, será igual. Y si en último caso os imagina así, tampoco se estaría inventando nada que no fuera verdad.
JOSE.– ¡Qué bruto eres!
BARMAN.– Las cosas, como son. ¿Te pongo otra?

JOSE.– No sé qué decirte. Si al volver a casa se me traba la lengua alguna vez, de pascuas a ramos, me miran como si fuera el demonio. ¡Como si fuera por ahí rompiendo cosas!

BARMAN.– No les hagas caso. ¿Te pongo otra, o no?

JOSE.– Venga, sí.

BARMAN.– Y anímate, que lo del chico es sólo cosa de la edad.

JOSE.– Eso digo yo.

BARMAN.– Con el tiempo, se pasa. Son cosas de adolescentes, que no saben ni qué coño les pasa y lo pagan con cualquiera que tengan a mano. Luego, todo es distinto.

JOSE.– Pues a ver si es verdad. Porque yo le quiero, ¿sabes? Creía que no me iba a pasar, pero le quiero, me guste o no. Y a la niña también. También la quiero. Y a la madre, ni te digo. Soy un tío afortunado.

BARMAN.– Y yo me alegro.

JOSE.– Pues entonces...

BARMAN.– ¿Qué te pasa?

JOSE.– Pues entonces...

BARMAN.– Dilo ya.

JOSE.– ¿Se te ocurre alguna idea de por qué estoy tan triste?

4

JOSE.– Hola.

ÁLEX.– Hola.

JOSE.– ¿Ha vuelto ya tu madre?

ÁLEX.– Todavía no. Iba adonde la Trini, me parece.

JOSE.– Ah, sí. *(Pausa.)* No has venido tarde.

ÁLEX.– Tú tampoco.

JOSE.– ¿Todo bien?
ÁLEX.– Bien. ¿Tú bien?
JOSE.– Bien, bien. Oye, perdona lo de antes.
ÁLEX.– ¿Qué de antes?
JOSE.– Si me he metido donde no me llaman. Ya sabes que es por...
ÁLEX.– No pasa nada.
JOSE.– Ya... Un amigo me ha dicho hoy una cosa curiosa.
ÁLEX.– ¿Sí?
JOSE.– Y me he acordado de ti.
ÁLEX.– ¿Me conoce?
JOSE.– Creo que no.
ÁLEX.– Pues entonces no tiene nada que decir.
JOSE.– Visto así, supongo que tienes razón.
ÁLEX.– Bueno..., pues me voy yendo a mi cuarto.
JOSE.– Claro. *(Por lo bajo.)* Ojalá tuviera yo un cuarto.
ÁLEX.– Tienes toda la casa.
JOSE.– Yo tengo de todo, ¿verdad?
ÁLEX.– Desde luego, más que yo. Tienes un curro, una casa, una novia..., que es mi madre...
JOSE.– Y tú tienes todo un futuro por delante.
ÁLEX.– ¡Ah, claro, no me había dado cuenta!

(Y se va hacia su cuarto meneando la cabeza.)

YOUTUBER

Enrique Torres Infantes

PEPA, *sentada, sostiene un portátil y escribe. Entra* JAVI, *intenta grabar, sin ser visto, con un teléfono.*

PEPA.– *(Sin mirarle.)* No me grabes, no estoy para juegos. Avisado estás.
JAVI.– Tienes ojos en la nuca.
PEPA.– Quiero ver lo que has grabado.
JAVI.– ¿Qué os pasa? Se suponía que la peli de vuestro aniversario era un regalo que os hacíais... *(Suena el teléfono de* PEPA*, no está a su alcance,* JAVI *se acerca y mira la pantalla.)* Es Lola. *(Vuelve a sonar.)* Lola otra vez. ¿Te acerco el teléfono?
PEPA.– No.
JAVI.– Me voy. *(Graba mientras camina hacia atrás.)*
PEPA.– *(Sin mirarle.)* ¡No me grabes!
JAVI.– ¿Cómo lo haces? Debo mejorar mi técnica silenciosa, como el protagonista de *Hierro 3*.

(Suena el teléfono de PEPA. *Aparece* JOSÉ. *Coge el móvil, mira la pantalla.)*

JOSÉ.– Es Lola.
PEPA.– La llamaré.
JOSÉ.– ¿Pasa algo? *(Vuelve a sonar.)*
PEPA.– Acércame el teléfono. *(*JOSÉ *se lo da,* PEPA *corta la llamada.)* Se acabó.

(Suena el teléfono de JOSÉ.*)*

ANDRÉS.– Es Lola, hablo con ella, igual es porque le envié un correo.

PEPA.– ¿Le enviaste un correo?

JOSÉ.– *(Al teléfono.)* Lola..., bien, ¿y tú? Pepa sí está... *(A* Pepa.*)* Que si te pasa algo. *(*Pepa *niega con gestos.)* Dice que está trabajando, luego te llama... *(*Pepa *muestra su desacuerdo.)* Lola, ¿has recibido mi correo? Sí..., tengo muchas dudas... ¿Qué?, quién va a ser..., mi hijo. También diseñó el cartel... Ya veremos, Lola... Lo haríamos si la película está simpática al menos... No sé..., Javi es muy suyo... Dice que el cine es su vida, pero igual es un capricho más... ¿Talento? No lo sé, no me muestra nada... Oye, ¿y tu hijo? Me alegro, es un campeón... Ojalá, ya no sé qué hacer con él. Con esto de hacernos la película del aniversario, parece muy activo... Ya, pero es una pesadilla, nos persigue con cámaras... Veremos... La tengo que ver yo antes o no hay estreno... Si pasa mi filtro, sería buena idea que la viéramos juntos... los íntimos... Un pase especial... No se lo he dicho a Pepa, pero me está oyendo... ¿Cómo?... Hay cosas que grabó Pepa y cosas que grabé yo... Luego grabamos escenas juntos, en fin... ¿Divertido? No lo sé, que te persigan con cámaras por la casa no sé... Él dice que con los vídeos gana pasta... A ver..., si hacemos el pase privado de la peli, tú tienes que estar... *(Carcajada de* Pepa.*)* Pepa..., se ha reído..., algo le ha hecho gracia, está con el portátil... Y yo... Un beso. Le digo que te llame... *(Deja el teléfono y se dirige a* Pepa.*)* Que la llames.

PEPA.– Has invitado a Lola a ver nuestra película. ¿A Ernesto lo has invitado?

JOSÉ.– Ernesto y Lola, desde que lo dejaron, no se pueden ni ver.

PEPA.– Es tu amigo, o era...

JOSÉ.– Le llamaré. ¿Qué te pasa, Pepa?

PEPA.– Nada.

JOSÉ.– ¿Nada? Esta película de mierda, sin verla, ya me está calentando... Pareces cabreada...
PEPA.– No parezco cabreada, estoy muy cabreada.
JOSÉ.– ¿Por qué?
PEPA.– Por nada. ¿Has grabado tu confesión a la cámara?
JOSÉ.– ¿Confesión a la cámara? Son chorradas de Javi, yo dije lo que se me ocurrió en el momento. ¿Tú has hecho una confesión?
PEPA.– He vomitado lo que tenía dentro. Escúchame, tu hijo nos graba con cámara oculta.
JOSÉ.– ¿Dónde está? ¡Javi! *(Pausa.)* ¿Estás harta de mí?
PEPA.– Estoy harta de ti y también de mí.

(Llega JAVI.*)*

JOSÉ.– Tengo que hablar contigo, ¡ya!
JAVI.– ¿Qué pasa?
JOSÉ.– Vamos a mi despacho.
PEPA.– ¡Lo que haya que hablar se habla aquí!
JAVI.– Esto es cinematográficamente perfecto, emoción, verdad...
JOSÉ.– Javi, no me calientes.

*(*JAVI *saca disimuladamente una cámara.)*

JAVI.– Ahora no lo veis, pero esta película os devolverá cosas que habéis perdido.
JOSÉ.– ¡Cállate!
JAVI.– Si te pones agresivo, haremos un plano secuencia mientras me persigues por los pasillos, como Jack Nicholson en *El resplandor*. ¿No te ríes?
JOSÉ.– No, no vas a rodar más.
JAVI.– Hay tensión, pero le falta emoción; a vuestra vida, también.

JOSÉ.– Javi, se acabó.

PEPA.– Quiero ver lo que he grabado.

JAVI.– Estáis dramatizando. Es la película de vuestro aniversario, con sus luces y sombras; nadie es perfecto, pero será divertida. Vuestros amigos os envidiarán.

JOSÉ.– Como yo la pago, hago con la película lo que me...

PEPA.– ¿Que tú la pagas?

JOSÉ.– La pagamos los dos. Se acabó la película.

PEPA.– ¡Quiero ver lo que he grabado; luego, ya veremos!

JOSÉ.– ¡No se va a rodar más! Avisado estás, Javi. *(*José *se va.)*

PEPA.– ¿Estás jugando con nosotros?, ¿quieres que nos separemos? Grabé mi confesión, quise hacerte caso, decías que era una parte importante... Lo que grabé fue un largo silencio mirando a la cámara, con un gesto duro... No pude hablar, quise verlo y borrarlo... Echo la cinta hacia atrás y ¿qué veo?: otras imágenes que estaban delante de lo que acababa de grabar.

JAVI.– Lo siento, fue un descuido.

PEPA.– ¿Descuido? Querías hacerme daño, habías grabado a tu padre y a Lola... Ese beso que se daban se me agarró por dentro...

JAVI.– Sí, te puse esa grabación; quería que la vieras, que reaccionaras porque así tu monólogo sería más rabioso... No tengo problema en ser sincero; mi padre me va a declarar la guerra, pero creo que no mereces que te engañen esos dos.

PEPA.– Si querías hacerme reaccionar, funcionó; grabé manipulada por ti, envenenada por lo que acababa de ver, te felicito.

JAVI.– Pepa, como director de la película..., tu confesión me pareció una llamada de auxilio de una mujer que no sabe qué hacer, ni cómo hacerlo, el grito de una mujer muy triste. Un consejo: os conviene salir de la monotonía.

PEPA.– *(Irónica.)* ¡Gracias, Javi, no se me había ocurrido!

JAVI.– Siempre tendrás mi respeto, eres auténtica... Que lo digo en serio, no pongas esa cara de emocionada.

PEPA.– Este juego es muy cruel. ¿Te crees muy listo? ¿Crees que esa película absurda y ridícula justifica tu absurda y ridícula vida?

JAVI.– ¿Qué sabrás tú? No sabéis nada. ¿Absurda y ridícula vida? Tengo un canal y un millón de seguidores, grabo vídeos furtivos, tengo cámaras y micros que puedo colocar en cualquier sitio; hoy el mundo se observa a través de imágenes, la realidad es aquello que te interesa, la historia que eliges... Tengo mis códigos, a mis personajes nunca se les ve la cara... No pongas esa cara de terror... Vuestra película es otra cosa, no había pensado subirla a internet... Quería agitaros porque creo que lo vuestro tiene solución.

PEPA.– ¡Déjame en paz!

JAVI.– ¿Vas a marcharte? Te vas a perder escenas maravillosas.

PEPA.– Olvídame.

JAVI.– Te vas a Galicia.

PEPA.– ¿Cómo lo sabes? ¿Has registrado mis cosas?

JAVI.– Tenía que bucear en tu intimidad y en la de mi padre, pero con mirada cinematográfica. Tranquila, no voy a rodar más. Tal vez un final. Será una película de monólogos, silencios, cámara oculta, objetos y secretos. Será una catarsis y me lo agradeceréis.

PEPA.– ¡José!

JAVI.– Vete, Pepa, te enviaré la película...

PEPA.– *(Llega* José.*)* Tu hijo ha registrado mis cosas, las tuyas; nos ha grabado con cámara oculta.

JOSÉ.– ¡Quiero ver todo lo que has grabado!

JAVI.– ¿Todo?

PEPA.– Tiene un canal en internet y publica vídeos furtivos.

*(*Pepa *coge una maleta.)*

JOSÉ.– ¿Te vas?

PEPA.– ¿No has oído lo que he dicho?
JAVI.– Se va a Galicia.
PEPA.– Me voy a otro sitio. *(Va llenando la maleta.)*
JOSÉ.– Pepa, hice esto porque te quiero... Te quiero...
JAVI.– Papá, ¿por qué no estuviste tan intenso en vuestras escenas?
JOSÉ.– Javi, me estás cabreando, trae las grabaciones.
PEPA.– Javi, si cuelgas un solo vídeo mío en internet, te denuncio.
JOSÉ.– ¡Javi, trae las grabaciones!
JAVI.– ¿Qué os pasa? Cuando veáis mi película, os sentiréis mejor. Necesitáis que os agiten, como esas medicinas: agitar antes de abrir.
JOSÉ.– ¡Cállate!
PEPA.– *(Da un beso a* José*.)* Adiós.
JOSÉ.– Pepa... *(La abraza.)*
JAVI.– Otra escena con verdad.
PEPA.– ¿No estarás grabando esto?
JAVI.– Todo lo que veo lo veo como una película, sois mis personajes. *(*Pepa *sale.)* ¡Pepa, espera! Gracias por todo lo que has hecho por mí, sin ti yo sería peor, nunca te lo he dicho, me cuesta expresarme si no tengo una cámara.
PEPA.– Nunca me lo habías dicho; me ha gustado oírlo, pero no te creo.

*(*Pepa *se va.)*

JOSÉ.– ¡Pepa!
JAVI.– Volverá, vuestra reconciliación será el final de mi película.
JOSÉ.– ¡Cállate!

*(*José *se va.* Javi *busca y guarda varias cámaras de distinto tamaño que estaban ocultas y camufladas. Se acerca al objetivo de la última y dice: «Fin».)*

ME LA JUEGO A LA CARTA MÁS ALTA

Manuel Villa-Mabela

Un HOMBRE, *ataviado como si fuera el protagonista de una vieja película de género negro, entra decaído y medio borracho en un tugurio y toma asiento en la barra. En el tugurio solo está el* CAMARERO *del local. Ambos se conocen sobradamente.*

CAMARERO.– ¿Qué vas a tomar?

HOMBRE.– Posiblemente, mi última copa.

CAMARERO.– Sería la primera vez.

HOMBRE.– Apuesto en los combates y pierdo. Apuesto en la ruleta y pierdo. Apuestas por una mujer y pierdes.

CAMARERO.– Te falta la buena costumbre de saber ganar.

HOMBRE.– Si tuviera que definir mi vida, diría que es lo más parecido a una ruleta que gira, siempre apuesta y nunca gana. Y esta vez merecía la pena.

CAMARERO.– Solo te falta ponerle música a tus delirios amorosos.

HOMBRE.– Nunca más volveré a escuchar nuestra canción. Odio esa música que tanto amo. A partir de ahora solo quiero escuchar nanas que me hablen de amores muertos.

CAMARERO.– Te hacen falta un par de copas para aceptar los placeres del desamor.

HOMBRE.– Me gustaría ser malabarista de todas mis posibilidades, pero no sé jugar mis bazas.

CAMARERO.– Haz trampas.

HOMBRE.– Soy un romántico.

CAMARERO.– A las mujeres se les impacta de muchas maneras, pero el romanticismo las retiene a nuestro lado, eternamente.

HOMBRE.– Tenía los ojos de colores.

CAMARERO.– Las mujeres con ojos de colores suelen ser infieles.

HOMBRE.– Tenía el pelo calabaza.

CAMARERO.– Te has jugado el pellejo sin saberlo. Las pintadas de calabaza son astutas y egoístas. Tuve una de esas alguna vez entre mis brazos y bendigo el día en que se escapó con un saxofonista. Pobre hombre, asistí a su entierro y lloré por él.

HOMBRE.– Sus besos...

CAMARERO.– No me hables de sus besos en una noche como esta. Afuera llueve y aquí dentro nunca ha dejado de llover.

HOMBRE.– La echas de menos, ¿eh?

CAMARERO.– No voy a contestarte. No quiero mentir, pero eso ya pasó.

HOMBRE.– Yo la olvidaré mañana, ahora no puedo, no tengo fuerzas.

CAMARERO.– El amor pasa, pero el desamor permanece, es una sombra que nos acompaña.

HOMBRE.– Me gustaría ir a buscarla y pedirle perdón.

CAMARERO.– ¿Tienes que pedirle perdón?

HOMBRE.– No. Claro que no, pero es la única forma de que vuelva, aunque sea para terminar con su exterminio selectivo. Le gusta hacer bien las cosas.

CAMARERO.– Te voy a preparar una copa de ron que te devolverá las ganas de vivir y dejarás de pensar en tu sicario afectivo.

HOMBRE.– Esta vez es definitivo. Si no le pido perdón, no vuelve, me abandona para siempre. No tengo costumbre de vivir sin ella.

CAMARERO.– Era cuestión de tiempo, de probabilidades. Te salió mal la jugada, vuelve a barajar.

HOMBRE.– He sido su muñeco de vudú.

CAMARERO.– No tendrían que existir las mujeres; al menos, las mujeres capaces de enloquecernos. Odio a las mujeres capaces de enamorarme y domesticarme a su antojo.

HOMBRE.– Le bastó un seis para salirse con la suya.

CAMARERO.– Usa cartas marcadas.

HOMBRE.– Ni con esas, créeme. A las cartas o a los dados, sabía que estaba hundido sin ella y se fue, quería experimentar sensaciones lejos de mi espacio ¿Qué se puede hacer ante una mujer así?

CAMARERO.– Creerte todas sus mentiras y rezar por que le guste castigarte. En cuanto les aburre hacerte daño, toman otro rumbo y se las traga la mar.

HOMBRE.– Le pediré perdón en general; seguro que tiene muchas cosas que perdonarme. Se trata de ganar tiempo para reconquistarla.

CAMARERO.– A las mujeres se las gana por las bravas, no con reconquistas poéticas de saldo que ven venir desde lejos. Huelen el miedo. Y no se te ocurra rendirte en la cama, subastarán tus debilidades, te convertirás en un mercadillo de segunda mano.

HOMBRE.– ¿Qué puedo hacer, además de emborracharme?

CAMARERO.– Juega bien tus cartas, márcate un buen farol.

HOMBRE.– Ella es mejor que yo. Siempre ha sido muy buena jugando.

CAMARERO.– Seguro que esconde ases en la manga.

HOMBRE.– En nuestra relación, ella se jugaba la noche, yo la vida.

CAMARERO.– Te serviré más de un ron, uno tras otro. Tienes que vomitar su recuerdo.

HOMBRE.– He perdido la razón y mi vida esta huérfana de sentido.

CAMARERO.– Eso nos pasa por jugar, deberíamos conformarnos con ver pasar la vida.

HOMBRE.– He caído en picado. Mi trabajo ya es una leyenda y me han echado de mi pensión. Estoy en busca y captura.

CAMARERO.– Siempre has tenido mala suerte. No naciste bajo la protección de una buena estrella.

HOMBRE.– Mi pensión era un auténtico laberinto de puertas y habitaciones cargadas de malos presagios, mucho frío y soledad, pero era mi casa. La vieja bruja sacó un rey.

CAMARERO.– Tu casera fue crupier en su vida anterior, nunca debiste apostar contra ella.

HOMBRE.– Estoy lleno de rabia.

CAMARERO.– La noche es un bazar de apuestas.

HOMBRE.– Llamé un taxi para escapar de mí mismo. El conductor tenía todo el aspecto de no desear volver a casa. Perdí la carrera, sacó un caballo.

CAMARERO.– Todos atravesamos alguna mala noche. Mira el local. Vacío.

HOMBRE.– Siempre esta vacío.

CAMARERO.– Cuando te tomas un puñado de copas, está lleno de fantasmas.

HOMBRE.– Es verdad, de madrugada está lleno.

CAMARERO.– Tomate la copa, no es de garrafa. Hoy es mi cumpleaños.

HOMBRE.– ¿Te felicito?

CAMARERO.– Tengo la recortada bajo el mostrador.

HOMBRE.– El taxi me llevó al hipódromo. Si no me hubiera acordado de este tugurio, todavía estaría durmiendo sobre la paja de los boxes. Había bebido ya más que lo suficiente; ya sabes, tengo debilidad por la bebida, las mujeres sin entrañas y las apuestas.

CAMARERO.– Eres un vividor que no sabe jugar a las cartas.

HOMBRE.– He perdido mi dinero en las apuestas, y mi vida detrás de las mujeres que tenían rotulado un «no te voy a querer» en la mirada.

CAMARERO.– Has perdido tu vida apostando.

HOMBRE.– Eres un filósofo de la noche.

CAMARERO.– Negativo, soy un escritor maldito que sirve copas endemoniadas y sueña diálogos imposibles.

HOMBRE.– Algún día triunfarás.

CAMARERO.– Ya no quiero triunfar, ya no. Ahora necesito morirme de asco como tú para dar cierto sentido a mi vida.

HOMBRE.– Mira mi reloj. Lo enseño orgulloso. No todo el mundo tiene una imitación de Rolex tan buena. Te apuesto mi reloj por un billete de cincuenta euros a la carta más alta.

CAMARERO.– Sabes que vas a perder, siempre pierdes.

HOMBRE.– *(El* HOMBRE *sonrió y asintió.)* Me duele la cabeza, me tiraré con fuerza, me estrellaré contra los cubos de la basura. Me parece una buena escena dramática, propia para terminar con todo, al menos esta noche, pero es que tengo que descansar. Mañana solucionaré todos mis asuntos.

CAMARERO.– Yo he aprendido a no tener demasiadas prisas para nada. No vale la pena.

HOMBRE.– Quiero buscar una solución y zanjar la pesadilla de mi vida a la carta más alta. Si no barajo, huelo o toco unas cartas, pierdo mi esencia. Si no apuesto, todo está oscuro y

me siento perdido. Todas las noches vivo la misma escena. Me estoy aburriendo de mí mismo y de mis lamentaciones aprendidas. Siempre he sido un cobarde, nunca he sabido retirarme de la mesa de juegos a su tiempo. Pero esta noche de tedio existencial voy a hacer la apuesta definitiva. Me juego la vida contra mí mismo a la carta más alta. Sin trampa ni cartón. Si no me gano a mí mismo la partida, me convertiré en un jugador sin estrella, en un hacedor de mi propia miseria, en un vagabundo perdido entre caminos muertos. ¡Mi vida a la carta más alta!

BREVE HISTORIA DE LAS RELIGIONES, LA AMISTAD, EL TRABAJO, LA ECONOMÍA, LA VIDA Y LA MUERTE, ASÍ COMO DE LA LITERATURA, EL CINE, LA PASIÓN Y OTRAS CUESTIONES FUNDAMENTALES

Néstor Villazón

Para G.

Lugar indeterminado.

A.– Seguramente alguien os habrá dicho lo duro que es el mundo. Alguien os habrá hablado de él. Ahora me tenéis aquí: miradme. Nadie quiere ver lo que pone en este cartel. En este cartel pone «Hambre». ¿Pensáis que no os conozco? ¿Creéis que vengo de otro mundo? ¿Por qué no os detenéis? Una moneda, eso es todo.

B.– Es muy fácil hablar. Muy fácil. Uno abre la boca y ya no está solo. Cuando no conoces a nadie, puedes hablar, no paras de hablar, es lo único que haces. También es bonito mentir.

A.– ¿Qué sabes de mi vida?

B.– Lo mismo que tú de la mía. Es cierto: tú estás ahí y yo no, mendigando. Pero yo no tengo la culpa. Yo no soy culpable de que te pase a ti esto. Yo trabajo para no verme así, ¿comprendes?

C.– Quizá el problema sea ese: el trabajo. Yo no tengo ningún trabajo. Tengo todo el tiempo del mundo. El tiempo que a ti te falta. Y, sin embargo, tú estás ahí y yo no. ¿Qué me dices a

eso? Yo no estoy mendigando, pero tampoco soy como tú. ¿Has pensado en eso? ¿Por qué ocurre eso?

D.– Yo tengo un buen sueldo. Y soy feliz con lo que hago. Cada día hay alguien que me sonríe. Cada día. ¿Qué te parece? Y, sin embargo, no he conseguido lo que tú tienes. ¿Os habéis fijado a quién espero?

E.– ¿Para qué quieres esperar algo que no seas tú? ¿De qué sirve tener a alguien a tu lado? Que te digan «Esto no me gusta». Que te digan «Ahora sí me gusta». Que te digan «Pues yo no estoy de acuerdo». Que te digan «Esto me ha parecido mal...».

F.– ¿Puedo decir algo?

A, B, C, D y E.– Claro.

F.– ¿Alguien conoce a Pascal?

(Pausa. Todos niegan con la cabeza, salvo A.*)*

A.– ¿Es que nadie ha leído aquí a Pascal?

F.– Pascal dice que lo mejor es creer en Dios, porque él no nos habla, pero puede que esté ahí para salvarnos. Dice que si creemos en él, podemos ganar la eternidad, pero si no lo hacemos, nos convertimos en traidores. Si existe, claro.

G.– Muy listo ese Pascal.

F.– ¿También lo crees?

G.– Verás, si existe o no Dios, a mí no importa. ¿Acaso alguien puede poseer un dios? Yo quiero un verdadero ideal. Y no hablo solo de hombres.

H.– Pues hablemos de objetos. Si un objeto no importa, ¿por qué piden por allí dinero? Nos lo piden a todos. Y ninguno ha hecho nada. ¿A qué esperamos? A tener más dinero. El dinero es una realidad, no Dios. ¿Hay algo mejor en la vida que convencerse a uno mismo de que se es feliz?

I.– Yo diría que serlo, ¿no? No me parece tan complicado. Salir de tu casa y no esperar que a la vuelta de la esquina se te solucione el problema. Si algo aparece, bien; si algo no aparece, no tenías por qué tenerlo.

J.– Estoy algo cansado, ¿sabéis? Me levanto por la mañana y sé lo que tengo que hacer. Y lo hago. Y no dudo que tengo que hacer otra cosa distinta. Me levanto y lo hago. Pero a veces es bueno no pensar..., ¿no?

K.– Tienes que olvidarte de todo. No pienses en nada. No dominas nada. ¿O acaso no te asombras con ver la caída del cielo?

L.– Lo que yo veo son nubarrones, a ver si te enteras. Que estoy hasta los huevos de levantarme para ir a currar. Esa es mi vida: el curro. El curro y la familia. Y algún partido. El curro, la familia y algún partido. Y estoy hasta los huevos del curro y de la familia. No quiero pensar por el resto: que piensen los que tienen que pensar por mí, que para eso les pago. Más acción y menos palabras, cojones.

LL.– Sin duda usted cree que la acción se diseña de un modo sencillo, ecuánime, coherente, sensible, perspicaz, firme, justo.

L.– Me estás tocando los cojones.

M.– A ver..., que nadie se enfade..., solo hay que esperar un rato..., un rato y ya está..., que nadie se moleste..., que todo el mundo se tranquilice..., que nadie se rebele...

A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K y L.– Cállate.

N.– Yo ahora estoy esperando a que llegue alguien para que me lleve a algún lugar para hacer algo de lo que aún no tengo ni idea. Y esa persona no llega. Y si no llega, no empiezo. Y tengo que llegar a ese lugar. Y no sé por qué tengo que ir. Porque no sé qué lugar es ese. ¿Alguien me puede decir por qué espero?

Ñ.– Esperas porque quieres ser feliz. Y sabes que algún día pasará todo esto: las dudas se disiparán, te concentrarás en algo que te enorgullezca. Y sabes que existen otras cosas, pero lo único que te preocupa es eso.

Q.– A mí me parece un poco insano, qué queréis que os diga. Depender tanto de algo o de alguien no está bien. Pero aquí está el verdadero problema. Porque si estás solo, ¿con quién hablas? Si estás con alguien, dependes de alguien; pero si estás solo, quieres estar con alguien. Y la pregunta es: ¿quién se toma algo conmigo?

R.– No quieres hacer eso.

Q.– ¿El qué?

R.– Sabes a lo que me refiero.

Q.– ¿Qué me estás llamando?

R.– ¿Crees que vas a solucionar algo bebiendo?

Q.– ¡Soluciono el momento, que es lo que me interesa!

R.– No vas a solucionar nada.

Q.– ¿Pero quién te has creído que eres?

R.– A ver si te enteras: dependo de lo que TÚ hagas para ser feliz o no.

Q.– ¿Y todo esto es por la bebida?

R.– ¡La bebida es un símbolo!

S.– Eso es verdad, hay que mirar muy mucho lo que se hace. Como si tienes un mal vecino. Porque a mí me dan golpes toda la noche. Y no golpes de que choquen con algo o muevan muebles de sitio: no son ese tipo de golpes. Ni que estén escuchando música a las tantas de la madrugada, y les entre la euforia y se pongan a bailar. No. Yo hablo de otro tipo de golpes..., de otro tipo de gritos...

T.– Creo que sé a qué tipo de gritos te refieres. Creo que se puede saber mucho de una persona por el tiempo que lleva sin hacer el amor. Fijaos en sus caras. Es eso o que has tomado una determinación. Como hacerte zen.

U.– A mí me hace daño.

(Pausa.)

U.– El tema del zen, quiero decir. Me molesta. Tanto zen, tanto zen... Para mí ser zen es como ser filósofo: todo eso que me cuentas está muy bien, hasta que bajas a la calle.

V.– Nunca te subas con un conductor de autobuses desnudo. Nunca. Esto lo dijo Woody Allen. Es decir, si las cosas son raras, es por algo. Piénsalo. ¿Y qué hacemos un montón de cosas aquí reunidas? Pensadlo. ¿Qué coño hacemos?

W.– No lo sé. A mí me han llamado. Me dijeron «Ponte aquí» y me he puesto. Y yo hago lo que me manden. ¿O qué queréis hacer? ¿Qué queréis hacer aquí si no es hablar?

X.– Me da la impresión de que no hemos solucionado nada. Aún más: esa persona del comienzo sigue teniendo hambre. Y nadie le ha dado una moneda. Creo que hemos partido de un hecho concreto para irnos a un tema sin sentido.

Y.– Lo que pasa es lo que a cualquiera le puede pasar por la cabeza en un momento. Nadie de los que estamos aquí tenemos un motivo real para estar aquí. O sí, no lo sé. ¿Cuál es el motivo de estar hoy aquí?

Z.– El motivo de estar hoy aquí es tener un motivo. Un motivo para otro día. Un motivo que se repita para ver como las cosas avanzan. Y seguir hasta el final. Y sonreír. *(Dirigiéndose a* A.*)* ¿Usted qué opina?

*(*A *tira el cartel al suelo y sale malhumorado/a.)*

B.– ¿Qué pensáis de todo esto?

(Telón.)

LA CALLE DE LOS REYES MAGOS

Pedro Víllora

Mujer joven en la calle de los Reyes Magos de Madrid.

MUJER.– No siempre estoy tan sola. Es más, casi nunca estoy sola. De lunes a viernes el trasiego me aturde, algo que no tendría por qué ser así y que a muchas, como yo, sorprende. «¿Por qué –se preguntan– siendo tan pequeña atraes a tanta gente?». No sé si hay algo de envidia en esta observación, porque creo que, en el fondo, tendría que darnos igual el tamaño a la hora de hacer valoraciones. ¿Es la longitud un elemento cualitativo o meramente cuantitativo? ¿Mi importancia viene de lo grande que pueda ser o del sentido de lo que soy o al menos represento?

No son estas cosas baladíes, sino morales. Se vinculan, por tanto, con la educación, y la educación para mí lo es todo. Yo podría ser grande e intrascendente, aburrida, sobrecargada de portales semejantes los unos a los otros, correctos, aseados, indiferenciables. Mi cantidad, entonces, quizá fuese mayúscula, pero mi calidad sin duda estaría en entredicho.

Creo que es importante educar en la ciencia de lo que está bien y de lo que está mal. Es una cuestión de valores y expectativas: la polis se recrea a sí misma prorrogando su configuración, su sistema de normas, sus acuerdos. La polis ocupa un lugar en el mundo con unos límites y objetivos determinados, y aspira, legítimamente, a que eso se transmita generación tras generación. Y la polis, la ciudad, la tribu, tiende a

creer que en ella todo está bien, que nada hay que pueda ser mejorado.

La plaza del Niño Jesús es el punto donde comienza la avenida de Nazaret. A veces pienso que la plaza asemeja un estanque o una laguna que alimenta un río que baja serpenteando entre las montañas. Niño Jesús sería el manantial en las cumbres, y la avenida de Nazaret, ese río que se aventura hasta lo más profundo de un valle. Son nombres que me gustan mucho: Nazaret, Niño Jesús... Merecería que junto a ellos estuviesen Santa María y San José, pero no lo están. Y no es que se encuentren lejos, porque basta con cruzar el Retiro y andar un poco más para llegar al barrio de las Letras. San José es, allí, una calle pequeñita y discreta, con una salita de teatro, Trovador, en su número tres. Santa María es más grande y juvenil, con sus locales de copas y el punto bohemio de alguna galería de arte y una tienda de instrumentos musicales. Junto a ellas está otra calle, Jesús, que necesariamente debe de ser un Jesús grande, venerable, poderoso y a la vez sufriente; muy distinto del Niño Jesús que está aquí, a este lado del Retiro, tan inocente, tan lleno de gracia y futuro. Un Niño Jesús vecino de Nazaret y tan lejos, ay, de Belén, esa callecita tan hermosa y escondida situada un poco más allá de las Salesas.

Cada mañana me asomo a la plaza del Niño Jesús para ver a los padres acercando a sus hijos. Algunos, los menos, suben a contracorriente la avenida de Nazaret, pero la mayoría se acercan por la plaza. Casi nadie me ve. Seguro que muy pocos de los coches que cruzan por aquí advierten mi presencia. Soy casi invisible, poco menos que inexistente. A un lado, el que da a la acera de los pares de la avenida, apenas si soy un aparca-

miento rodeado de árboles que desemboca en un terraplén. Al otro lado, donde los impares, no soy mucho mayor, pero sí más transitada. Todos esos padres con sus hijos pequeños, multitud de niños un poco mayores que ya pueden ir solos y, antes que todos ellos, los profesores, que alguna vez fueron niños también, pasan por mí. Ninguna otra calle tiene un nombre tan adecuado como el mío. ¿Qué mejor nombre para una calle pequeña que desemboca en un colegio que el de los Reyes Magos?

Dice la tradición que los Reyes Magos ofrecieron al Niño Jesús oro, incienso y mirra. Hay quien piensa que esos dones suponen la mezcla de lo espiritual con lo material. Puede ser que así sea, no tengo por qué dudarlo, pero prefiero creer otra cosa. Para mí, los Reyes Magos dieron al Niño el preciado regalo de la educación. Le mostraron que crecer y madurar es abrirse a la experiencia de los otros, que uno se forma en el encuentro con los demás, que aprender es nutrirse de la sabiduría ajena, pero que el aprendizaje no se culmina hasta que se vuelca en los más jóvenes el conocimiento acumulado. Los Reyes que todo lo tienen, los Magos que todo lo pueden, ni tienen ni pueden hasta que empiezan a dar. Y son tanto más poderosos cuantos más saberes entregan al Niño; lo convierten, así, en uno de ellos; lo elevan hasta el lugar donde ellos habitan; lo sientan en el trono en que ellos están.

Cuando cada mañana me despiertan las voces de los niños, pienso en lo afortunada que soy. ¡Soy el cauce de la aventura del conocimiento! ¡Soy una calle tejida de futuro! ¡Soy una puerta abierta a la esperanza! Mi presente es un crisol cargado de posibilidades. Cada uno de mis niños es una incógnita a punto de resolución. En cada latido mío resuena un estallido de entusiasmo.

Cuando llega el fin de semana, el mundo parece distinto. El silencio se adueña de todo. La paz se vuelve real, excesiva, incluso ofensiva. No deseo tanta calma. Para mí no es sinónimo de descanso, sino de inactividad, que no es lo mismo. Adoro la actividad y estoy deseando que regrese el lunes, día adorado que es para mí símbolo de infancia y bullicio. Nada me hace tan feliz como un patio de recreo abarrotado de niños jubilosos. Gritos, carreras, juegos..., resuena en mí la alarma de mil vidas exultantes.

Si el sábado ya echo de menos el lunes, ¿qué decir del periodo de vacaciones? La Semana Santa es un dolor; el verano, una agonía. Pero nada hay tan extraño como las Navidades. ¡Tendría que ser tan agradable ese tiempo! Y no digo que no lo sea, no. Naturalmente que lo es: agradable, generoso y frío; un tiempo precedido de fiestas con mis niños vestidos de pastorcillos y pajes, como yo. Sonoro de villancicos, adornado de guirnaldas coloradas, festoneado de lazos verdes con brillos de purpurina. ¡Es tan hermoso todo el tiempo que conduce a las fiestas de Navidad...! Las fiestas de Navidad, ese momento tan triste y solitario.

Nadie me habita en esas dos semanas. Nadie me extraña, ninguno de mis niños se acuerda de mí. Y lo peor de todo es el día seis de enero. ¡Qué pocos piensan el día de los Reyes Magos en la calle de los Reyes Magos! Fascinados por los juguetes nuevos, los niños quisieran entonces no volver a verme, jugar en un tiempo sin fin. Olvidados de deberes y obligaciones, los niños se entregan al ocio y la diversión y, si alguno me recuerda, es para simbolizar el rechazo al estudio y la formación. Mentiría si dijese que no me duele, aunque lo entiendo, porque sé que no es más que un deseo inconsciente de perpe-

tuar la infancia y mantenerse en un lugar sin tiempo ni duración. ¡Cómo no comprender que se quiera ser niño por siempre y para siempre! Por eso el día de los Reyes Magos es aquel en que menos soy para ellos, pero mi dolor es compatible con mi felicidad. Soy dichosa al saberlos contentos. Me alegra su diversión. Me conmueve imaginarlos destrozando los papeles de colores para descubrir los regalos. Es el momento de disfrutar de los bienes materiales, que ocasión habrá de volver a recorrerme para recibir bienes no menos valiosos, aunque no tan evidentes.

Me gusta ser como soy. Me gusta estar llena de vida. Me gusta apelar a la imaginación y al conocimiento. Me gusta dar motivos para soñar y herramientas para hacer realidad los sueños. Soy la calle de los Reyes Magos, y nadie tiene un nombre tan hermoso como yo.